Un soltero difícil
Kristin Gabriel



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

A CHLOE D'0nofrio no le hacía ninguna gracia ir a la cárcel, aunque varios miembros de su familia residían allí. Aun así, hacía la ronda cada semana, llevando regalos y cotillees familiares.

Primero vio a su tía Wanda, a quien le había caído una sentencia de dos a cinco años por hurto. Luego al primo Kit, condenado a diez meses por firmar cheques sin fondos. Su otra prima, Nora, estaba allí de nuevo por no presentarse ante el juez cuando le dieron la libertad condicional.

Y, por fin, su madre.

-¿Sabes que pronto me darán la condicional? -sonrió Eileen D'0nofrio, quitándose una pelusilla del mono naranja.

-Dentro de veinte días. De eso quena hablar contigo -Chloe se aclaró la garganta, mirando a su madre a través del panel de plexiglás. Había ensayado el discurso durante el viaje desde St. Louis y estaba decidida a convencerla para que se reformase de una vez por todas.

-Será más fácil que te den la condicional si tienes un trabajo y un sitio donde vivir.

-Me niego a trabajar en otra lavandería. Mira lo que me hizo ese detergente en las manos.

Chloe dejó escapar un suspiro.

-Madre, esta vez no puedes elegir. Y no puedes volver a trabajar para el tío Leo.

-Pero él me deja trabajar las horas que quiero...

- ¡Se dedica a lavar dinero negro!

-Pero me dio de alta en la Seguridad Social...

-Se acabó, mamá -la interrumpió Chioe-. En serio. Ramón te necesita y yo también.

Eileen arrugó el ceño.

-¿Qué le pasa a Ramón?

Chloe no sabía por dónde empezar. Su hermano pequeño siempre estaba atravesando alguna crisis.

-Está muy disgustado porque su novia ha roto con él. Ya sabía yo que era un error que le presentases a tu compañera de celda.

-Pensé que tener una novia le daría confianza en sí mismo. Es tan tímido con las mujeres...

- ¡Su novia está acusada de intento de asesinato!

-Pero Nanette parece buena chica. Y es muy guapa. Ah, y ya no es mi compañera de celda. Por lo visto, han anulado la condena por defecto de forma. Creo que se ha ido a Florida.

-Mejor -suspiró Chloe-. Lo último que necesitamos en esta familia es otro delincuente. Mira, madre, creo que deberías venirte a vivir conmigo. Yo te ayudaré a encontrar un trabajo.

-Tú no puedes mantenerme, cariño. Especialmente ahora que estás intentando abrir tu propio negocio.

-Ya he conseguido mi primer cliente -anunció Chloe, intentando parecer despreocupada-. Así que el dinero no es un problema.

-¡Un cliente! Eso es maravilloso. ¿Cuándo ha sido?

-Ayer. Fui a buscar a Ramón al Café Romeo y me encontré con la propietaria. Me ha pedido que decore el nuevo local.

-Qué bien. ¿No es adivina o algo así?

-Se hace llamar Madame Sophie y creo que era adivinadora o algo parecido. Lee el futuro sentimental de los clientes en los posos del café.

Eileen asintió con la cabeza.

-Qué estafa más original. Debe estar forrada.

-Es legal, mamá. Al menos, ella cree en lo que hace. Y debe funcionar porque ha ampliado el local. Por eso necesita una decoradora.

-¿Le has pedido a Madame Sophie que te lea los posos del café?

-Claro que no. No creerás en esas bobadas, ¿verdad?

Eileen dejó escapar un largo suspiro.

-Y supongo que tú no crees en el amor.

-Sí creo en el amor, pero es difícil conocer hombres interesantes.

-Has pasado de los veinticinco, cariño. No puedes seguir siendo tan selectiva.

-No soy selectiva -respondió Chloe-. Mientras pasen un informe del FBI.

Eileen soltó una carcajada, pero su hija no estaba riendo. Crecer en la familia D'0nofrio le había enseñado lo que no le interesaba de un hombre. Todos sus parientes eran guapos, encantadores y machistas. Y todos habían pasado por la cárcel. Excepto Ramón, a quien había conseguido alejar de la mala vida. Por el momento.

Para ser justos, el difunto padre de Chloe tampoco pasó por la cárcel. Fue un extraordinario ladrón de joyas que nunca se dejó atrapar por la policía.

-A lo mejor yo también voy al Café Romeo -sonrió Eileen-. Después de pasar tres años aquí, me vendría bien un poquito de cariño.

-Me parece estupendo -exclamó Chloe, para quien cualquier cosa era mejor que ver a su madre en la cárcel-. En cuanto salgas de aquí iremos de compras. Necesitas un nuevo vestuario.

-Y también necesito hacerme la permanente -suspiró Eileen-. Y teñirme el pelo.

-Haremos todo eso, no te preocupes.

Gracias a Madame Sophie, tendría dinero suficiente. La propietaria del Café Romeo era un poco rarita, pero su oferta de trabajo no podría haber llegado en mejor momento. Ni siquiera le había pedido referencias, sólo que firmase el contrato lo antes posible.

Y, curiosamente, que tomase una taza del especial de la casa: café jamaicano con almendras.

-No digas que no te he advertido.

Trace Callahan dejó la tabla de contrachapado para mirar a su hermano pequeño. Aunque Noah ya no era tan pequeño. Con veintiséis años y un metro ochenta y nueve de estatura, era tres centímetros más alto que él.

-Llevas prediciendo catástrofes desde que te conté que la tía Sophie había confiscado nuestras tazas de café. ¿No crees que estás un poco paranoico?

Noah Callahan soltó una risita.

-Eso es lo que dijo Jake. Y mira lo que le ha pasado.

-Jake no está muerto, sólo va a casarse.

-¿Dónde está la diferencia?

Trace sacó un lápiz del bolsillo de la camisa. No pensaba dejar que esa ridícula conversación retrasara las obras del Café Romeo. Una sola pared separaba el café de una antigua pizzería y, después de varias semanas de trabajo, el nuevo y ampliado local empezaba a tomar forma. El día anterior había tirado parte del muro y tapado el hueco con una lona, de modo que ya tenían acceso al café desde allí.

-Mira, Noah, tienes que olvidar tu fobia al matrimonio. No es sano.

-Ya, claro. Y supongo que tu plan de hacer audiciones para encontrar esposa es mucho mejor.

-Desde luego. Yo pienso casarme en cuanto encuentre a la mujer que reúna todos los requisitos.

Su hermano hizo una mueca.

-Pues yo me marcho.

-¿Dónde?

-A Cleveland, Ohio. En cuanto supe que la tía Sophie había puesto sus manos en mi taza de café pedí que me trasladasen. No quiero arriesgarme.

-¿No te parece un poco exagerado?

Noah se cruzó de brazos.

-Dímelo tú. Nuestro hermano mayor acaba de pedir en matrimonio a una chica a la que conoció hace menos de un mes. Él, que se reía de los que pasaban por el aro. Y la culpa es de tía Sophie - suspiró, inclinándose hacia Trace-, Ten cuidado, hermanito. Ten mucho cuidado.

-Nina me cae bien -replicó Trace, en defensa de su futura cuñada.

-A mí también me cae bien, pero eso da igual. El caso es que una de las locas predicciones de tía Sophie se ha hecho realidad. Y yo no quiero ser la víctima número tres.

-¿Número tres? ¿Quién es la víctima número dos?

-Mírate en el espejo, amigo. Eres cebo para novias y la tía Sophie está dispuesta a encontrarte una a la carrera. En cuanto Jake y Nina se casen, me marcho de aquí.

Noah desapareció tras la lona. Estaba asustado. ¿De qué?, se preguntó Trace. Sophie no podía obligarlo a casarse.

Desde luego, él no pensaba hacerlo hasta que encontrase a la mujer perfecta. Una mujer que reuniera todos los requisitos, como le había dicho a su tía. Y ella aceptó sin protestar.

Aunque quizá había sido demasiado fácil, pensó entonces. Quizá debería hablar con ella, por si acaso.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Sophie Callahan apareció en ese momento acompañada del camarero más ineficaz del Café Romeo: Ramón.

-Trace, el local está quedando precioso.

Sophie llevaba una especie de túnica rosa con turbante a juego. Los brazaletes dorados que adornaban sus brazos tintineaban con cada movimiento.

Trace miró alrededor. El suelo de madera necesitaba ser lijado y pulido. Había cables por todas partes y el papel pintado de la pared se caía a trozos.

-Aún queda mucho trabajo. Especialmente si quieres que abramos dentro de un mes. Podría contratar a alguien.

-No será necesario -lo interrumpió su tía-. He encontrado a la persona perfecta.

-¿Quién?

-Yo -dijo Ramón D'0nofrio, cruzándose de brazos.

Trace se tragó un suspiro. No, él no. Cualquiera menos Ramón.

-Tú tienes mucho trabajo.

Ramón se volvió hacia Sophie.

-Ya te dije que no querría. ¿No te lo dije? Le tiro una taza de café sin querer y me lo guarda para siempre.

-No es verdad. ¿A que no Trace?

Era verdad. El café que Ramón le tiró en los pantalones estuvo peligrosamente cerca de hacer un daño irreparable. Ramón era tan peligroso como el resto de la infame familia D'0nofrio y Trace sintió un escalofrío al pensar en lo que podría hacer con una pistola de clavos.

-Mira, no es nada personal. Es que prefiero trabajar con alguien que tenga experiencia.

-En séptimo hice una casita para pájaros -replicó el camarero, abriendo mucho sus ojos de cachorro-. Y siempre estoy reparando cosas en casa.

-Clava algo para que Trace te vea -dijo Sophie entonces, dándole un martillo.

-No hace falta...

Demasiado tarde. Ramón le dio un martillazo a uno de los tablones que Trace había puesto para sujetar el muro y la madera se partió en dos por el impacto. El muro se agrietó peligrosamente y trozos de escayola empezaron a caer al suelo.

-¿Le doy otra vez? -preguntó él, orgulloso.

-¡No, por favor! No puedo pagarte.

-No hace falta -intervino Sophie, quitándose un trocito de escayola de la túnica-. Yo pagaré el salario de Ramón. Ha decidido dejar de servir mesas durante algún tiempo, pero no quiero perderlo.

-Es que no puedo soportar el estrés -explicó él, con voz temblorosa-. Algunos clientes son tan groseros... les tiras un poquito de café encima y empiezan a gritar que van a demandarte.

Sophie pasó el brazo por los delgados hombros de su camarero.

-He pensado que este trabajo le vendría bien. Quizá a Ramón, pero no a Trace.

-¿Qué tal si te tomas unas vacaciones? Podrías tomar el sol en la playa.

-La arena me produce alergia -contestó Ramón-. Y, por una vez en mi vida, me gustaría ser bueno en algo. Por favor, dame una oportunidad.

Sophie tomó la mano de su sobrino.

-Trace, hazlo por mí.

Maldición. Habría dado un brazo por su tía. Los tres hermanos Callahan le debían mucho. Sophie dejó su carrera como adivinadora para cuidar de ellos cuando su madre los abandonó.

Pero él le debía aún más.

Por eso había aceptado hacer la ampliación del local a precio de costo. Aunque su trabajo como contratista de obras normalmente le reportaba tres veces esa cantidad,

Aunque si aceptaba a Ramón como aprendiz seguramente le costaría el brazo, pensó. Por no hablar de una pierna y varios dedos.

-Por ti haría cualquier cosa, tía Sophie -suspiró por fin, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

-¿Cualquier cosa? -repitió ella, con los ojos muy abiertos.

-«Casi» cualquier cosa -corrigió Trace para no encontrarse con una cita ciegas.

-Pero es que he encontrado a la chica perfecta para ti.

Él levantó una mano.

-Olvídalo. Ya hemos hablado de esto, tía Sophie. Además, esta noche tengo una cita con Kimberly.

Sophie arrugó la nariz.

-No me gusta Kimberly. Es demasiado...

-¿Encantadora? ¿Guapa? ¿Generosa?

-Te matará de amabilidad. O de aburrimiento. O de las dos cosas. Tú necesitas una mujer que sea un reto, Trace. Alguien que le dé un poco de emoción a tu vida.

-Eso es exactamente lo que no necesito.

Él tenía el futuro bien planeado y sabía exactamente qué quería de su futura esposa. Incluso había hecho una lista con los requisitos que debían reunir para las candidatas. No pensaba elegir a la mujer equivocada, como su padre, para sufrir después durante toda la vida.

-No seas cabezota -insistió su tía-. He leído los posos del café de Kimberly y te aseguro que no es tu alma gemela. Si me dejaras emparejarte con...

Trace le tapó la boca con una mano.

-No sigas, tía Sophie. Jake y Nina están enamorados y fuiste tú quien los emparejó, de acuerdo. ¿Por qué no te concentras en la boda? Sólo faltan unas semanas.

Los ojos de su tía brillaron de emoción.

-¡Podríamos hacer una boda doble! Jake y Nina, tú y...

-Kimberly -la interrumpió Trace-. O Heidi o Evonne. Son las tres que van en cabeza para convertirse en la señora Callahan. Pero no voy a casarme todavía.

Sophie levantó una ceja teñida de color naranja.

-Porque aún no has encontrado a la mujer de tu vida.

Él no discutió. No porque estuviera de acuerdo, sino porque Ramón había enchufado la sierra eléctrica y el ruido era ensordecedor. Desgraciadamente, y como era habitual en Ramón D'0nofrio, era incapaz de controlar el aparato.

— ¡Deja eso antes de que mates a alguien!

Demasiado tarde.

Trace dejó escapar un suspiro. Kimberly estaba a su lado, con las piernas delicadamente cruzadas. Su perfección empezaba a irritarlo, pero eso podría ser consecuencia de las medicinas.

-¿Te ha gustado el postre? -preguntó ella, con una sonrisa en los labios.

Llevaba un precioso traje de chaqueta gris perla y una blusa blanca abrochada hasta el cuello. Apenas usaba maquillaje y el pelo rubio caía como una cortina de seda sobre sus hombros.

-Sí -contestó Trace, dejando a un lado la cucharilla.

-La crema francesa es mi postre favorito - sonrió Kimberly.

«Crema francesa». Un seudónimo de las natillas. Ese era el problema. Todo en Kimberly era tan... falso. Trace se echó hacia atrás en el sillón, irritado consigo mismo. La chica era perfecta. Entonces, ¿cuál era el problema?

Mentalmente, repasó la lista de requisitos de su «esposa perfecta»: debía ser atractiva, pero no demasiado guapa. Buena cocinera, buena conversadora, pero sin ganas de discutir inútilmente.

Kimberly era todo eso, pero durante la cena había estado a punto de quedarse dormido. A lo mejor sólo estaba cansado. Al fin y al cabo, había sido un día terrible.

Trace movió el pie derecho, que reposaba sobre una silla, y se le escapó un gesto de dolor.

-¿Te duele? -preguntó Kimberly, mirando la venda que llevaba en el dedo gordo.

- Se está pasando el efecto de la anestesia.

-No sabía que tu trabajo fuera tan peligroso. Has tenido suerte de que sólo te hayan dado cuatro puntos.

-Cinco -la corrigió él-. Y me habrían tenido que dar muchos más si no hubiera llevado las botas de trabajo.

Kimberly sonrió. Esa sonrisa perfecta empezaba a ponerlo de los nervios. Nunca hasta entonces lo había molestado. Pero nunca antes había pensado en la posibilidad de ver esa sonrisa todas las mañanas durante cincuenta años.

-Menos mal que tu tía llamó a una ambulancia.

-La ambulancia no era para mí, era para Ramón. Tuvo un ataque de pánico después de tirarme la sierra en el pie.

-Ay, pobre -murmuró Kimberly.

Trace tenía la impresión de que no estaba escuchándolo. Parecía absolutamente concentrada en quitar la cera de una palmatoria de cristal. No era una mujer muy excitante, desde luego, Pero él no estaba buscando eso. Y tampoco estaba buscando amor, se recordó a sí mismo. Buscaba afecto, compañía, compatibilidad y, si era posible, pasión, pero no amor. Al menos no el amor apasionado que había vuelto loco a su hermano.

Trace quería orden en su vida. Estabilidad. Una familia. Quería... natillas, no crema francesa.

Seguramente se acostumbraría a la sonrisa de Kimberly. Y a cómo arrugaba la nariz cuando comía. Todas las parejas tenían que acostumbrarse a ciertas cosas. Seguramente también habría cosas en él que la sacarían de quicio.

«Olvídate de esas bobadas», pensó, cansado.

-Kimberly...

Ella levantó la mirada.

-Dime.

Trace se aclaró la garganta.

-Me gustaría hablar de nuestro futuro.

Kimberly se inclinó hacia delante.

-Cuánto me alegro. Yo también quería hablar de eso, pero no sabía cómo sacar el tema.

Trace intentó relajarse. Eso era algo que le gustaba de Kimberly: que no era exigente. Siempre esperaba que él tomase la iniciativa.

-Tú primero -dijo, buscando tiempo para componer una petición de matrimonio.

Ella sonrió.

-Pues verás... nunca he sabido lo que quería de la vida hasta que te conocí. Cuando empezamos a salir, hace tres meses, lo vi todo claro. Y cuando nos besamos por primera vez, me di cuenta de que no estaba equivocada.

Ojalá pudiera decir lo mismo, pensó Trace.

Desgraciadamente, su primer beso había despertado en él más dudas que deseo.

-¿De verdad?

Kimberly asintió con la cabeza.

-Entonces supe que quería pasar el resto de mi vida en un convento.

Trace parpadeó, atónito.

-¿Qué has dicho?

-Voy a hacerme monja -dijo ella entonces, con voz temblorosa.

-¿Monja?

-He solicitado ingresar en el convento de Santa María como novicia. Sólo quería decirte adiós, Trace. Y darte las gracias.

¿Las gracias? Después de besarla, Kimberly decidía hacerse monja. Eso no era exactamente un halago.

-Monja -murmuró, incrédulo.

-¿Te sorprende?

-Claro que me sorprende. ¿Desde cuándo quieres ser monja?

-Desde que era pequeña -contestó ella, con una sonrisa-, Pero no estaba segura del todo, así que decidí tener un último ligue antes de tomar la decisión.

«Un ligue». ¡Había estado a punto de pedirle que se casara con él y Kimberly lo consideraba un ligue! Durante el tiempo que salió con ella, no se le ocurrió pensar que podría no estar interesada... ¿No estar interesada? Menudo eufemismo. ¡Estaba a punto de hacer voto de castidad!

-Tengo que marcharme -dijo Kimberly entonces, levantándose.

-¿Te vas?

-A las monjas no nos gusta acostamos tarde - sonrió ella, tirándole un beso-. Lo he pasado muy bien esta noche, de verdad. Gracias por la cena.

-Gracias a ti por hacerla -murmuró Trace, intentando levantarse.

-No, no te levantes. Tienes que descansar el pie.

Unos minutos después oyó el motor del coche y el chirrido de los frenos. A la «hermana Kimberly» le gustaba pisar el acelerador. Y quizá a las monjas no les ponían multas.

Entonces miró los platos sucios sobre la mesa. Demasiado tarde se dio cuenta de que Kimberly no era tan perfecta. Se había ido sin fregarlos.

Trace cerró los ojos. No podía fregar los platos con cinco puntos en el dedo gordo del pie. Quizá debería tirarlos. En realidad, nunca le había gustado el dibujo de margaritas; era demasiado femenino. Los había comprado en una tienda de objetos baratos, cuando no andaba muy bien de dinero. Ahora podía comprar algo más masculino.

Cuando se preguntaba si también debía tirar los vasos, sonó el timbre.

— ¡La puerta está abierta!

No se levantó. A lo mejor era Kimberly, que volvía para decir que todo era una broma.

Pero no era Kimberly, sino una chica morena. Una morenaza con un vestido de seda roja que modelaba su cuerpo a la perfección. Un cuerpo en el que un hombre podría perderse.

Haciendo un esfuerzo. Trace levantó la mirada de unos pechos de escándalo. Lo primero que vio fueron unos brillantes ojos castaños que lo miraban, irónicos. Luego, una nariz respingona y unos labios generosos.

Aquella mujer no era una monja.

¿Quién era? ¿Y qué estaba haciendo en su casa? Pero antes de que pudiera preguntar nada, ella apoyó ambas manos en la mesa, mostrándole sin querer su generoso escote.

-Es usted el hombre al que estaba buscando.

Capítulo 2

CHLOE contó hasta diez mientras Trace Callahan le miraba el escote. Estaba acostumbrada a que los hombres prestasen atención a esa zona, olvidando todo lo demás, pero aquel parecía peor de lo normal.

Impaciente, se aclaró la garganta para llamar su atención. Cuando él levantó los ojos vio que los tenía de un color inusual: un azul profundo, azul zafiro.

Debía admitir que Trace Callaban era guapo. Guapísimo, en realidad: mentón cuadrado, nariz aquilina, el pelo muy corto. Tampoco pudo evitar fijarse en sus bíceps y en los anchos hombros que amenazaban con hacer saltar las costuras de su camiseta verde.

-¿Por qué me mira con esa cara?

-¿Yo? -replicó Chloe-. Es usted el que no deja de mirarme.

-Siempre miro a las mujeres guapas. Especialmente cuando aparecen de improviso en mi casa. ¿Por qué estaba buscándome?

Chloe señaló un sillón.

-¿No va a pedirme que me siente?

-Prefiero que conteste a mi pregunta. O quizá yo pueda responderla por usted. La envía Madame Sophie, ¿verdad?

-Ella me dio su dirección, pero...

-Lo sabía -la interrumpió Trace-, Sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

Chloe se sentó en el sillón, a pesar de no haber sido invitada.

-¿Qué quiere decir?

-Mire, los dos sabemos por qué está aquí. Dejemos los preliminares y vayamos al asunto -dijo Trace-. Béseme.

Ella lo miró, perpleja.

-¿Está usted loco?

-No, sólo intento ir al grano. Una vez que me haya besado, los dos sabremos si hay futuro para nuestra relación. Aunque le advierto que la última mujer que me besó ha decidido no dejar que ningún otro hombre vuelva a rozar sus labios.

Trace Callahan no era sólo un lunático, sino un egomaníaco increíble.

-Gracias, pero no. No suelo besar a un hombre cinco minutos después de haberlo conocido. Es una de mis rarezas.

-Como quiera -suspiró Trace, apoyando la cabeza en el respaldo de la silla-. Dígame, señorita...

-Por favor, llámeme Chloe.

-Chloe. ¿Tiene por costumbre ir buscando novio de puerta en puerta?

-Me parece que no lo entiende, señor Callahan.

-Llámeme Trace -sonrió él. Pero no había nada dulce en esa sonrisa. Su expresión le recordaba a un león mirando su presa-. Seguramente estoy confundido. De hecho, probablemente usted es un invento de mi imaginación. Las medicinas me han mareado un poco.

-¿Medicinas?

Ah, claro, eso debía ser. Tenía que haber una explicación lógica para su extraño comportamiento.

Él levantó el pie. Sólo entonces se dio cuenta Chloe de que tenía una venda en el dedo gordo; tan grande que parecía una bombilla. Sin poder evitarlo, soltó una risita.

-¿De qué se ríe?

-Lo siento -murmuró ella, sin dejar de reír-. ¿Se ha hecho daño?

-Casi me amputan el dedo por culpa de una sierra eléctrica. Han tenido que darme varios puntos.

Chloe miró el pie, incrédula.

-¿Ese fue el accidente por el que Ramón estaba tan disgustado?

-¿Conoce usted a Ramón?

-Mejor que nadie. Es mi hermano.

Trace cerró los ojos.

-Ah, eso lo explica todo.

-¿Qué explica?

-Es usted una D'0nofrio. Eso explica por qué me he puesto nervioso al verla. Donde hay un D'0nofrio, hay un desastre.

Ella levantó los ojos al cielo.

-¿No le parece una exageración? No todos los D'0nofrio somos así.

Bueno, algunos lo eran, desde luego.

-Dígale eso a mi pie.

-Deje que lo vea...

-¡ No lo toque!

-Sólo quería echar un vistazo...

-¿Es usted médico?

-No, soy decoradora. Y, en mi opinión, esa venda blanca no pega nada con el sofá. ¿En la farmacia no tenían una venda de color verde?

-Muy graciosa.

-Dicen que la risa es la mejor medicina.

-Yo prefiero un analgésico. Desgraciadamente, se me está pasando el efecto, así que ahora mismo no soy buena compañía. ¿Por qué no vuelve usted mañana? O mejor, el año que viene.

Algunos hombres no soportaban las bromas.

-Lo que tengo que decir no puede esperar un año. Es sobre Ramón... está muy disgustado.

-¿Él está disgustado? ¡Es a mí a quien ha estado a punto de mutilar!

-Por favor, sólo ha sido un cortecito de nada. Si se quitara esa venda tan enorme casi ni se notaría.

Trace apretó los dientes.

-Muy bien. Véalo usted misma.

Chloe se inclinó para quitar la venda. Los tres kilómetros de venda. Mientras lo hacía no dejaba de estudiar el pie de Trace Callahan. Había algo muy íntimo en ver el pie desnudo de un extraño. Era largo, fino, con el empeine alto. Llevaba las uñas muy limpias y bien cortadas y en el empeine había unos pelitos rubios...

-¿Qué le parece?

Chloe se percató de que estaba demasiado interesada en aquel pie... y en aquel hombre. Entonces vio que tenía varios puntos en el dedo gordo.

-No es una herida mortal. Pero, claro, yo no tengo ni idea. ¿Ha pensado visitar a un especialista? -preguntó, conteniendo la risa.

-No, pero pienso llamar a mi abogado -replicó Trace-. El asalto con arma letal es un delito.

-No lo dirá en serio.

-No soy yo quien parece incapaz de ponerse serio. Todo esto es una broma para usted, ¿verdad?

-No es una broma -suspiró Chloe-. De hecho, no me hace gracia que haya despedido a Ramón por algo tan... inconsecuente.

-¡Eso tan inconsecuente resulta ser mi dedo! -exclamó Trace, con los dientes apretados-. Y me gustaría conservarlo, si no le parece mal. Eso significa que Ramón tiene que irse.

Chloe tragó saliva para controlar el famoso temperamento D'0nofrio.

-Dele una oportunidad.

-¿Porqué?

Porque le daba pánico que su hermano hiciera alguna tontería al verse sin dinero. Estaba deprimido desde que su novia cortó con él y frustrado con su trabajo como camarero y con la vida en general. Él quería un reto, algo interesante. Dinero. Últimamente, incluso hablaba de seguir los pasos de su padre.

Ramón no era el mejor camarero del mundo, ni siquiera un carpintero mediocre, pero estaba segura de que como ladrón de joyas sería espantoso. Y si ella no hacía algo rápido, otro D'0nofrio acabaría en la cárcel.

-¿Por qué tengo que darle otra oportunidad a alguien que casi me ha amputado un dedo?

Chloe lo miró a los ojos y se le encogió el estómago. Trace Callahan era demasiado testarudo como para entender lo importante que era ese trabajo para alguien tan inseguro como Ramón. Y ella no pensaba mendigar.

-Porque yo podría devolverle el favor.

Él la miró de arriba abajo, insolente.

-¿Qué me está ofreciendo, señorita D'0nofrio?

-A mí misma.

Trace tuvo que agarrarse a la silla. Aquello no podía estar pasando. Kimberly le anunciaba que iba hacerse monja y, unos minutos después, una chica voluptuosa entraba en su casa y se ofrecía como amante.

?Debía estar soñando. O alucinando. Quizá el trauma del accidente lo había afectado de verdad. Aunque, si cinco puntitos en el pie inducían tan increíble ilusión, casi podría darle a Ramón el resto de sus herramientas para ver qué pasaba. Casi.

Por supuesto, aquella mujer no era un sueño ni una alucinación. Chloe D'0nofrio estaba sentada frente á él, en carne y hueso. El sentido común le

decía que no podía aceptar tal acuerdo. Su cuerpo, por el contrario, estaba dispuesto a decir que sí.

Trace se aclaró la garganta.

-Esa es una proposición… sorprendente.

-Yo lo llamaría un acuerdo comercial. Una cosa por otra.

Así, tan tranquila. Allí estaba, con una pierna cruzada sobre otra, la falda apenas cubriendo la mitad del muslo. Trace nunca había visto unas piernas como esas; eran una obra de arte.

-¿Seguro que es usted decoradora?

-Seguro. Y muy buena. Esa es la razón por la que Madame Sophie me ha contratado para redecorar el Café Romeo. O, al menos, una de las razones.

-¿Que mi tía Sophie la ha contratado?

Llevaba semanas intentando convencer a su tía para que contratase un decorador. Pero el «decorador» se había convertido en «decoradora». Una D'0nofrio, ni más ni menos.

-Espere un momento… ¿Cómo que una de las razones? ¿Qué otra razón puede haber para que mi tía la haya contratado?

Chloe levantó una ceja.

-¿No lo sabe?

Trace experimentó una especie de mareo. Pero no quería considerar esa posibilidad.

-No tengo ni la más remota idea.

Chloe D'0nofrio se inclinó hacia delante.

-¿Ni idea?

-Ni idea.

Casi podría creer que aquella chica intentaba torturarlo. Pero Chloe no podía saber el efecto que ejercía en él. Trace se enorgullecía de controlar todas sus relaciones, especialmente las relaciones románticas. Quizá Kimberly había decidido ingresar en un convento precisamente porque a él se le daba muy bien esconder sus sentimientos.

-¿Sabe que su tía lee los posos del café?

-Desgraciadamente.

-Lo que no sabe es que ha leído mis posos… y los suyos. Por alguna inexplicable razón, su tía piensa que estamos hechos el uno para el otro.

Trace contuvo un gemido de angustia. Sus peores miedos se veían confirmados.

-Imposible.

-Estoy de acuerdo -asintió ella, apartando un rizo castaño de su cara-, Madame Sophie no quería decírmelo porque cree que un romance debe seguir su curso natural, pero…

-¿Pero qué?

-Pero entonces vio lo disgustada que estaba con usted por haber despedido a Ramón. Creo recordar que incluso lo llamé varias cosas… en el calor del momento.

-¿Por ejemplo?

Ella parpadeó, con gesto inocente.

-No me acuerdo.

-Ya.

-Por supuesto, Madame Sophie pensó que así no íbamos a ninguna parte y decidió contarme que había leído los posos del café. Según ella,

luchar contra el destino sólo dificulta las cosas. Su tía parece una mujer muy decidida.

Decidida era un eufemismo. Sophie Callahan no era capaz de mover montañas literalmente, pero había causado un par de avalanchas en sus tiempos. Y si estaba decidida a encadenarlo con Chloe D'0nofrio... Trace sintió un escalofrío.

Claro que esa misma determinación le había salvado el cuello en más de una ocasión. Si no fuera por Sophie, él podría no estar allí, dispuesto a rechazar la increíble propuesta de Chloe.

Para ser una D'0nofrio, parecía agradable. Pero era evidente que no podía ser la mujer de su vida. Trace hizo una lista de defectos: un cuerpo de muerte, un rostro de belleza clásica, bastante mal genio y, lo peor de todo, un hermano llamado Ramón.

No, Chloe no podía estar en su lista de posibles candidatas.

-¿Qué le parece? ¿Hacemos un trato?

A pesar de sus defectos, le costaba mucho trabajo rechazarla.

-Me siento halagado, señorita D'0nofrio...

-Llámame Chloe.

-Chloe -dijo él, añadiendo otro defecto más a la lista: tenía la manía de interrumpirlo-. Me siento halagado por tu generosa oferta, Chloe. Admiro la lealtad que sientes por tu hermano y hasta dónde quieres llegar para ayudarlo, pero no puedo.

-Haría cualquier cosa por Ramón -volvió a interrumpirlo ella-. La familia es muy importante para mí.

-Para mí también.

La lealtad a la familia era fundamental en su lista de requisitos para encontrar esposa. Él sabía perfectamente cómo una traición puede romper una familia... pero en el caso de Chloe D'0nofrio no era suficiente.

-¿Tu familia es verdaderamente importante para ti? -preguntó ella entonces.

-¿Qué tiene eso que ver con tu oferta de acostarte conmigo?

Chloe lo miró, perpleja. Y después soltó una estruendosa carcajada.

-¿Acostarme contigo?

-¿De qué te ríes? Es lo que acabas de decir. Que si contrato a tu hermano te acostarías conmigo.

-Esto es demasiado... ¿Qué clase de mujer crees que soy?

-Yo...

-¿Y qué clase de hombre aceptaría esa proposición? ;

-Creo que no me has entendido...

-He conocido a muchos machistas en mi vida, pero no sabía que hubiera hombres como tú.

-Si me dejaras terminar una frase sabrías que no tenía intención de aceptar la oferta -dijo Trace, con los dientes apretados.

Pero en lugar de calmarla, sus palabras parecieron ofenderla.

- ¡O sea, que no sólo has creído que estaba dispuesta a prostituirme, sino que tienes la cara de decir que no estás interesado!

-Yo no he dicho eso. Estoy «muy» interesado. De hecho, si quieres que te pruebe lo interesado que estoy...

-No hace falta, gracias. Porque la que no está interesada soy yo. Y ahora, por favor, ¿podemos seguir con el tema que me ha traído aquí?

-¿Qué tema?

A pesar de que no le gustaba reconocerlo, se sentía atraído por aquella chica. Cada vez más.

-La lealtad familiar. He venido aquí por mi hermano Ramón.

Ramón. ¿Por qué tenía que recordarle que era su hermana? Aunque quizá era lo mejor, considerando la dirección que empezaban a tomar sus pensamientos. Chloe era una D'0nofrio. Y eso significaba que debía huir de ella como de la peste.

-¿Estás interesado en mi proposición?

-¿Por qué no me explicas cuál es exactamente esa proposición?

-Muy bien. Hablaré despacio para que me entiendas -suspiró Chloe-, Si vuelves a contratar a mi hermano, yo fingiré que me gustas.

-Detente, loco corazón -replicó él, irónico-. Gracias, pero no.

-Pensé que la lealtad a la familia era importante para ti. ¿Vas a darle un disgusto a tu tía? La pobre casi se puso a llorar cuando te insulté.

-¿Que me insultaste? Pensé que sólo habías dicho un par de cosas,

-Sí, bueno... -Chloe se aclaró la garganta-, El caso es que tu tía está decidida a que salgamos juntos. ¿Qué piensas hacer?

Trace dejó escapar un suspiro. No quería darle un disgusto a su tía, pero tampoco podía casarse con la mujer que ella eligiese sólo para hacerla feliz.

-Lo siento, Chloe. No creo que funcione.

-¡Claro que no! -exclamó ella entonces, levantando los ojos al cielo-, Pero si salimos un par de veces y le decimos a tu tía que no nos llevamos bien, se dará cuenta de que no estamos hechos el uno para el otro.

-No podríamos llevamos bien.

-Por supuesto. No tenemos nada en común. Somos como el blanco y el negro, el día y la noche...

-Sí, bueno... tampoco te pases.

-Sólo quiero dejártelo claro, por si vuelves a creer que quiero acostarme contigo.

Esas palabras le dolieron más de lo que Trace querría admitir.

-Ya.

-Entonces, ¿estás de acuerdo?

El sentido común le decía que la echase de su casa. Pero el cariño que sentía por su tía Sophie era más importante.

-Sí.

-Estupendo. Le diré a Ramón que puede volver a trabajar -dijo Chloe, levantándose.

-Primero tendré que hablar con el seguro. Quiero aumentar mi póliza todo lo posible... por si acaso.

-Me parece bien.

-Espera un momento. ¿Y nosotros?

-¿Nosotros?

-Tendremos que salir juntos para que mi tía crea que esto es de verdad.

-Sí, claro.

-El viernes estoy libre.

Chloe se encogió de hombros.

-Muy bien. Cuanto antes se convenza de que no tenemos nada que ver, mejor. ¿Nos vemos en el Café Romeo?

-Iré a buscarte a casa -dijo Trace-. Se supone que es una cita de verdad, ¿no? Podemos ir a cenar y luego tomar algo en el café.

-De acuerdo -suspiró Chloe, sacando una tarjeta del bolso-. Esta es mi dirección. ¿Quieres que haga las reservas? Conozco un restaurante mexicano.

-Odio la comida mexicana -la interrumpió Trace, cojeando hacia la puerta.

-¿Y la japonesa?

-Por favor…

-Muy bien, ¿qué clase de comida te gusta? - suspiró ella.

-¿Qué tal la comida americana?

-Estupendo. Es mi favorita.

-La mía también. ¿Ves cómo tenemos algo en común?

-Da miedo, ¿eh? -sonrió Chloe.

Trace la vio entrar en su coche, un Ford Taurus del mismo color que su vestido. Y al ver cómo la falda se ajustaba a sus caderas se le hizo la boca agua.

Entonces se dio cuenta de algo: tenía una cita con Chloe D'0nofrio.

Y debía tener cuidado. Mucho cuidado.

El viernes. Trace estaba más que asustado. La noche anterior no había podido dormir pensando en la visita de Chloe. Cuanto más pensaba en el asunto, más convencido estaba de que ella había orquestado el encuentro a la perfección.

¿Cómo si no podría explicarse que tuviera una cita tres días después de haberle jurado a su tía que nunca caería en sus redes?

O Quizá Sophie lo había planeado todo. Pedirle que volviese a contratar a Ramón, el accidente con la sierra, la visita de Chloe y su extraña proposición…

-¿No estás un poco paranoico? -sonrió Jake Callahan, su hermano, mientras se ajustaba un fajin de seda azul.

-Dímelo tú. Estoy probándome un esmoquin para la boda de mi hermano, que había jurado no casarse nunca. Y todo gracias a tía Sophie.

-Nina es lo mejor que me ha pasado en la vida.

-No creerás que tía Sophie puede leer el futuro en los posos del café, ¿verdad?

-Si no lo crees, ¿por qué estás tan preocupado? Aparentemente, Chloe D'0nofrio y tú no tenéis nada en común. Y si se parece a su hermano no me sorprende.

-No se parece nada a Ramón -suspiró Trace, poniéndose unos zapatos-. Pero es… peligrosa. Deberías verla, Jake. O mejor no. Si vieras a Chloe D'0nofrio, podrías cancelar la boda.

De repente, alguien corrió la cortina del probador. Era Nina Walker, la prometida de Jake.

-Trace, si sigues intentando sabotear mi boda, te mataré.

-¿Qué haces aquí? Este es el probador de caballeros.

-Un sitio estupendo, en mi opinión. Una pena que seáis tan decentes -sonrió Nina-, Bueno, ¿quién es esa Chloe?

-Nadie que deba preocuparte -contestó él con una sonrisa en los labios.

Nina Walker no tenía que preocuparse por la competencia, desde luego. Trace no había visto a su hermano más enamorado en toda su vida.

-Entonces, ¿no tengo que matar a nadie?

-No, por favor, que para eso soy el padrino. Alguien tendrá que sujetar a mi hermano cuando se desmaye de miedo.

-No le hagas ni caso -replicó Jake, besando a su prometida-. Si tengo miedo es porque aún quedan seis semanas para la boda. Seis semanas me parecen una eternidad.

Nina soltó una carcajada.

-Estoy de acuerdo. No entiendo por qué dicen que el nuestro ha sido un noviazgo rápido. Yo estoy dispuesta a empezar la luna de miel ahora mismo -murmuró, abrazando a Jake.

Trace se cruzó de brazos. Llevaban así desde que anunciaron su boda, dos semanas antes.

Aunque no le gustaba admitirlo, envidiaba a su hermano mayor. Pronto Jake tendría todo lo que él soñaba: una mujer que lo quería, una familia...

Nervioso, se tiró de la corbata. El fiasco con Kimberly le había hecho perder tiempo y ahora Chloe. Él sólo quería una mujer que reuniese todos los requisitos, que compartiera gustos con él, que no lo volviese loco.

¿Era tanto pedir?

Impaciente, miró su reloj.

-Siento interrumpir, pero aún no estáis en vuestra luna de miel.

Nina se volvió, con las mejillas coloradas.

-¿Quién es Chloe?

-La hermana de Ramón D'0nofrio -contestó Jake-. Y también es la nueva decoradora del Café Romeo y la chica con la que Trace va a salir esta noche.

-¿Y Kimberly?

-Olvídate de Kimberly. Madame Sophie ha decidido que Chloe es su alma gemela.

Nina abrió los ojos como platos.

-¡Eso es maravilloso! Por fin has encontrado la horma de tu zapato. Trace.

-Chloe D'0nofrio no es la horma de mi zapato -replicó él-. Sólo lo hago por mi tía. Cuando vea que no tenemos nada en común dejará de meterse en mi vida privada.

Nina lo pensó un momento.

-Puede que tu tía se haya equivocado.

-Pero bueno... pensé que creías en ella -sonrió Jake.

-Y creo en ella. Pero Sophie me confió que... en fin, que no estaba muy segura de qué taza pertenecía a cada uno.

-¡Maravilloso! -exclamó Trace-. Ya sabía yo que era un error.

-¿Por qué no llamas a Noah?

-¿Para qué?

-Para que conozca a Chloe. A lo mejor es su alma gemela -dijo Jake.

Nina sacó una moneda del bolso.

-Lo llamaré ahora mismo. Está investigando un caso, pero seguramente podría salir con la tal Chloe...

-¡No! -gritó Trace. Jake y Nina lo miraron, sorprendidos-. No... Noah no podría con una mujer como Chloe D'0nofrio. Prefiero ser yo el que pase por este calvario.

-Muy bien. Pero yo creo que Noah no tendría ningún problema. Cuando vino a probarse el esmoquin, tres chicas entraron en la tienda al verlo desde la calle. Estaba guapísimo...

-Hablando de guapos -la interrumpió Jake, dándose una vueltecita-. ¿Cómo estamos?

Nina se tomó su tiempo para observar a su prometido y a su futuro cuñado.

-Si queréis que os diga la verdad...

-Por favor.

-Creo que Chloe D'0nofrio y yo somos las chicas más afortunadas del planeta.

Capítulo 3

CHLOE nunca había estado tan nerviosa antes de una cita. Primero se le estropeó el secador y, como era demasiado tarde para comprar otro, tuvo que apartarse el pelo de la cara y sujetarlo con un par de horquillas. Luego se le hizo una carrera en las únicas medias decentes que le quedaban. De modo que tendría que ir sin medias.

Y, además, tuvo que aguantar a Ramón.

-Soy el cabeza de familia y no me gusta que salgas con Trace Callahan. No me gusta nada.

-Te he dejado un asado en el homo -suspiró Chloe, mientras se ponía rímel frente al espejo-. Si te comes todas las verduras, podrás tomar helado de postre.

Ramón arrugó la nariz.

-No me gustan las verduras. Además, esta noche tengo planes.

Chloe se volvió para mirar a su hermano. Llevaba el pelo sujeto en una coleta, como siempre, y a juzgar por el trocito de papel higiénico que tenía pegado al mentón, acababa de afeitarse.

-¿Qué planes?

-Prefiero no decirlo. Y no cambies de tema. Estábamos hablando de Trace Callahan.

- ¿Qué pasa con él?

-Que no es tu tipo, Chloe. Me han dicho que tiene una lista de requisitos para encontrar la esposa perfecta.

-No te preocupes. No estoy interesada.

-De todas formas, te prohíbo que salgas con él. No me deja usar sus herramientas... excepto la escoba.

-Eres un aprendiz -le recordó Chloe-. Tienes que empezar por algo. Dale tiempo.

Ramón negó con la cabeza.

-No me queda tiempo. Ya tengo veintidós años.

Su hermana soltó una carcajada.

-Te compraré un bastón en tu próximo cumpleaños.

-Lo digo en serio, Chloe. La vida se me escapa de las manos. ¿Y qué tengo? Nada. Cero -suspiró Ramón-, Es hora de hacer cambios drásticos.

-¿Qué cambios?

-Estábamos hablando de Callahan.

-No, estamos hablando de ti. Quiero saber a qué cambios te refieres.

-Es un secreto.

-Ramón, no hagas ninguna tontería.

-¿Qué quieres decir?

-Los dos sabemos qué quiero decir. Sé que estos últimos años han sido difíciles para ti. Especialmente tras la muerte de papá.

Chloe no quería admitir que también habían sido difíciles para ella. La muerte repentina de Theo D'0noirio ocho años antes había dejado a una

chica de diecinueve años a cargo de su hermano de catorce. Y ella intentó criarlo lo mejor que pudo con los consejos de su madre desde la cárcel.

-Lo echo de menos. Era mi héroe.

Justo las palabras que Chloe no quería oír.

-Yo también quería mucho a papá. Ramón, pero tenía muchos defectos. Era demasiado listo como para pasarse la vida abriendo cajas fuertes ajenas. Debería haber hecho algo.

-Theo D'0nofrio era el mejor ladrón de joyas del país. La policía nunca pudo detenerlo.

-Lo sé. Pero el estrés de vivir al otro lado de la ley pudo con él. Sólo tenía cuarenta y siete años cuando sufrió el infarto.

Ramón dejó caer los hombros.

-Podría haberle pasado lo mismo de ser fontanero o carpintero. Además, a él le gustaba mucho su trabajo.

A veces Chloe se preguntaba si su padre había amado su trabajo más que a su familia. Nunca pudieron quedarse mucho tiempo en una ciudad y tenían que cambiar constantemente de colegio. Y mentir cada vez que les preguntaban a qué se dedicaba su padre. «Trabaja en el negocio de cajas fuertes», decían. Lo que no contaban era que su especialidad era abrir esas cajas.

Aunque tuvieron una infancia feliz. Los D'0nofrio eran una familia unida y siempre habían podido depender unos de otros. Por eso Chloe no pensaba dejar que su hermano fuera por el mal camino.

-Las cosas ahora son diferentes. La policía detiene a los ladrones con métodos que antes no tenían, Ramón. Si estás pensando en dedicarte a lo que se dedicaba papá, piénsalo dos veces. Hazlo por mí.

En ese momento sonó el timbre.

-Debe de ser Trace.

-Ya voy yo -suspiró Ramón.

-Dile que bajo ahora mismo -sonrió Chloe, poniéndose unos pendientes dorados.

-Le diré eso y otras cosas -murmuró su hermano desde el pasillo.

- ¡ No se te ocurra decirle nada!

Chloe se miró al espejo. Insatisfecha con su aspecto tiró del escote de la blusa roja. Luego lo volvió a subir. Y lo volvió a bajar.

Con el pelo hacia atrás estaba horrible. Desgraciadamente, estaría más horrible si se lo dejaba suelto porque no había podido alisarlo.

Nerviosa, respiró profundamente, sorprendida por la sensación de vacío que tenía en el estómago. Llevaba meses sin salir con un hombre. Entre su negocio y vigilar a Ramón, no había tenido tiempo de conocer a nadie.

Aunque lo de aquella noche no era una cita de verdad. Trace Callahan había dejado bien claro que no estaba interesado en ella.

Pero, a pesar de su escepticismo sobre el talento adivinador de Madame Sophie, no podía negar que Trace le parecía muy atractivo. Había algo en él... algo que casi le hacía olvidar que no debía gustarle.

Trace esperaba en el porche, nervioso. La idea de salir con Chloe D'0nofrio lo intrigaba y lo asustaba al mismo tiempo. Ahora que estaba allí no sabía si llamar al timbre otra vez o salir corriendo.

La advertencia de Noah se repetía en su cabeza: «Ten cuidado, hermanito. Ten mucho cuidado».

Pero él nunca había dejado que el miedo le dictase lo que debía hacer. Además, sólo era una cita. Tampoco iba a pasar nada.

La puerta se abrió y Ramón apareció en el porche con un cuchillo en la mano.

-Ah, eres tú.

-Aparta ese cuchillo. Ramón.

-¿Esta cosita? -murmuró él, mirándolo a la luz del farol-. Es que estaba cortando carne.

-Apártalo -insistió Trace. Después de casi haber perdido un dedo del pie, no pensaba arriesgarse.

-¿Y si no lo hago?

-Entonces tendré que quitártelo yo mismo.

Ramón vaciló un momento, pero después clavó el cuchillo en la tierra de una maceta.

-Muy bien, como quieras.

-Gracias. ¿Puedo entrar?

-No.

Trace dejó escapar un suspiro.

-¿Chloe está lista?

-Eso depende. ¿Cuáles son tus intenciones con respecto a mi hermana?

-Voy a invitarla a cenar.

-Lo que quiero saber es qué tienes en mente para el postre.

-Algo dulce... o sea, que no puede ser tu hermana -contestó Trace-. No te preocupes. No estoy interesado en ella.

Eso no era del todo cierto, pero no le gustaba nada la mirada de Ramón.

-Eso espero -dijo él entonces, dando un paso adelante. Su cabeza quedaba a la altura del mentón de Callahan-. Porque si no es así tendrás que vértelas conmigo.

-Gracias por la advertencia -replicó Trace, burlón.

-Acuérdate -dijo Ramón antes de desaparecer. En el fondo era admirable que quisiera proteger a su hermana. Estaba zumbado, pero era un zumbado leal a su familia.

Trace entró en la casa y miró alrededor. Las ventanas tenían cristales emplomados y en el salón había una chimenea de mármol con un diseño intrincado.

Era sorprendente. Chloe D'0nofrio tenía una casa espectacular. Y seguramente era una buena decoradora. Los muebles, sencillos, destacaban la grandeza de aquella casa de principios del siglo XX.

Entonces observó la escalera de caracol. Nunca había visto una igual en St. Louis. Debía ser de finales del siglo XIX y estaba en unas condiciones extraordinarias, con la madera brillante, como recién pulida.

Trace acarició el pasamanos, rematado por una cabeza de ángel. Aquella escalera debía valer una fortuna.

Entonces se preguntó quién la habría construido. Una de sus aficiones era estudiar técnicas clásicas de carpintería... Se puso en cuclillas para ver si encontraba una fecha o las iniciales del constructor de aquella obra maestra, pero lo que vio fue algo completamente diferente.

-Qué demonios...

Oyó pasos detrás de él, pero antes de que pudiera volverse algo le golpeó

en la cabeza. Trace parpadeó, sorprendido y luego... todo se volvió negro.

Después de echarse laca en el flequillo, Chloe se dirigió a la escalera. -¿Ramón? ¿Trace?

No hubo respuesta. Esperaba que su hermano no lo hubiera asustado. Aunque quizá no era él quien llamó al timbre. En las últimas veinticuatro horas se preguntó más de una vez si le daría plantón.

Sus dudas se convirtieron en aprensión cuando llegó abajo. En el salón no había nadie, pero la puerta de la calle estaba abierta. Chloe se asomó y vio un Chevy blanco aparcado delante de la casa.

Sorprendida, iba a cerrar la puerta cuando vio el cuchillo clavado en el tiesto. Parecía como si alguien hubiera querido matar al geranio.

-¿Ramón? ¿Dónde estás?

La bandeja del asado estaba sin tocar. Y por la ventana de la cocina vio el coche de su hermano.

-¿Ramón? -volvió a llamarlo.

Iba a subir por la escalera cuando vio unos zapatos. Eran unos mocasines marrones. Y estaban, por supuesto, conectados a unas piernas.

-¡Dios mío! -exclamó. Trace Callahan estaba tirado en el suelo-. ¡Trace! ¿Qué te ha pasado?

Él no reaccionó. Nerviosa, Chloe tiró de sus tobillos para sacarlo del hueco de la escalera. Consiguió moverlo un centímetro más o menos. Pero claro, ella no había movido nunca cien kilos de peso muerto. ¡Muerto! No podía ser, no podía estar muerto.

¿O sí?

— ¡Trace, por favor, despierta!

Tenía un moretón en la sien y un hilillo de sangre corría por su cara. Estaba muy pálido.

-¡Trace!

No hubo respuesta. Frenética, Chloe levantó su cabeza con una mano e intentó hacerle la respiración boca a boca para llevar oxígeno a sus pulmones, pero no parecía servir de nada.

Entonces Trace se movió. O, más bien, movió los labios, buscando los de ella. Seguía teniendo los ojos cerrados, pero la estaba besando con lengua. Luego dejó escapar un gemido, aunque Chloe no sabía si de dolor o de placer.

-¿Estás bien?

-¿Qué me ha pasado? -preguntó él, con voz ronca.

-No lo sé. Cuando bajé te encontré tirado aquí.

-¿Aquí dónde?

-En mi casa. Soy Chloe, ¿te acuerdas? Chloe D'0nofrio. Teníamos una cita.

-Chloe -murmuró Trace, con los ojos cerrados-. He soñado que me besabas.

A ella también le había parecido un sueño. Nunca la habían besado así. Y no era sólo la técnica. Después de todo, el hombre apenas estaba consciente. Era la llama que se había encendido con aquel beso, la conexión que parecía haber nacido entre ellos.

-¿O no ha sido un sueño?

-No, pero tampoco ha sido un beso exactamente -Chloe se pasó la lengua por los labios-. Pero eso da igual. ¿Cómo te encuentras?

-Como si alguien hubiera usado mi cabeza para hacer prácticas de béisbol. ¿Qué ha pasado?

-Creo que te atacó un chihuahua.

Trace sacudió la cabeza.

-¿Has dicho un chihuahua?

Chloe tomó un perro de escayola que había en el suelo. Una de las orejas estaba rota y tenía una mancha de sangre.

-La mascota de Ramón… es que es alérgico al pelo de los animales. Lo usamos como tope para la puerta.

-Y también parece ser un buen perro guardián. No lo vi siquiera.

-¿Qué estabas haciendo debajo de la escalera?

-La escalera -repitió Trace, cerrando los ojos de nuevo-. Bonita escalera… había mirado debajo…

-¿Para qué?

Él arrugó el ceño, como si estuviera intentando recordar.

-Un nombre. Estaba buscando un nombre.

¿Un nombre? No tenía sentido. Lo cual no debería sorprenderla. Al fin y al cabo. Trace acababa de recibir un golpe en la cabeza.

-Hablando de nombres, ¿te acuerdas del tuyo?

-Claro.

-Dímelo.

-Trace Joseph Callahan. Tengo veintisiete años y vivo en la calle Ravenna, St. Louis, Missouri. ¿Me equivoco?

-¿Veintisiete? Pareces mayor.

-En este momento, me siento como si tuviera ochenta y siete -suspiró Trace, intentando levantarse-. Perdón, noventa y siete.

-¿Te encuentras bien? Quizá debería llamar a una ambulancia.

-No, no, estoy bien. Sólo un poco mareado.

-Sigo sin entender qué ha pasado aquí.

-¿No es evidente?

-No. Tú estabas inconsciente en el suelo y no encuentro a mi hermano por ninguna parte. Pero no puede haber sido Ramón…

-¿Cómo que no? Y, por cierto, un intento de asesinato es algo muy grave.

-¿Qué estás diciendo?

-No me mires con esa cara. Y no te hagas la sorprendida. Ramón abrió la puerta con un cuchillo en la mano, dejando bien claro que no me quería aquí. Y el otro día me asaltó con una sierra eléctrica.

-Eso fue un accidente. Además, Ramón nunca le haría daño a nadie… a propósito -replicó Chloe.

-Admiro tu lealtad, pero esto es demasiado. Ramón es una amenaza. Debería estar entre rejas.

Ella se mordió los labios, angustiada. Ramón no sobreviviría ni un día en la cárcel. Apenas era capaz de sobrevivir fuera de ella.

-Sé que es tu hermano - siguió Trace-, Pero tengo que denunciarlo a la policía, lo siento. Si no, es capaz de matar a cualquiera. Y como yo soy su objetivo favorito…

-No lo entiendes. Mi hermano ha tenido una vida muy dura. Nuestra familia es… diferente.

-Te entiendo mejor de lo que crees -suspiró él-. Pero Ramón tiene que aceptar la responsabilidad de sus actos. Y una infancia difícil no es excusa.

-Mira, esto es ridículo -insistió Chloe-. Te digo que Ramón no te ha golpeado. Te doy mi palabra.

-Entonces, ¿quién ha sido?

Ella se encogió de hombros.

-Podría haber sido mi tío Leo. A veces aparece sin avisar.

-¿Cómo?

-Leo prefiere actuar y preguntar después. O Frankie.

-¿Frankie?

-Mi primo. Trabaja para un prestamista y le gusta practicar con víctimas despistadas.

-Qué familia más encantadora. Ahora Ramón casi me parece inofensivo. ¿Algún otro tipo violento en tu familia?

-Candy. Otra prima. Odia a los hombres desde que su novio la denunció a los federales.

Trace apretó los dientes.

-¿Quieres que me lo crea?

-¡Es la verdad! Si no me crees, llama a mi madre.

-¿Cuál es su número de teléfono?

-Uno cuatro dos tres siete seis.

-¿Ese es su número de teléfono?

-No, es su número de reclusa. Tienes que darlo para hablar con ella en la prisión de Vandalia.

-¿Tu madre está...?

-En la cárcel, sí -suspiró Chloe. Tras la muerte de su padre se había prometido a sí misma no mentir sobre su familia. Así se ahorraba muchos bochornos-. El número de la cárcel está grabado en la memoria del teléfono.

Trace entró en el salón y se dejó caer en el sofá.

-Aquí hay tres números... de tres cárceles diferentes.

-Cuatro, en realidad, si contamos el reformatorio donde está Benson, el hijo de mi tío Leo. Es que le dio por robar un coche el día que cumplió quince años.

-¿De verdad tu madre está en la cárcel?

- Sí, pero saldrá en menos de un mes.

-¿Cuántos D'0nofrio hay entre rejas?

Chloe miró al techo para hacer un cálculo mental.

-Seis, si contamos a Benson. Pero él no está en la cárcel, sólo en un reformatorio.

-Seis -repitió Trace, incrédulo.

-Así que ya ves. Tengo cierta experiencia sobre comportamiento delictivo y te aseguro que Ramón no es capaz de saltarse la ley, aunque le gustaría.

-¿Qué quieres decir con eso?

Chloe se mordió los labios.

-Nada.

-Dímelo.

-No es importante.

Trace la miraba, esperando. ¿Qué había en sus ojos, compasión, comprensión? ¿Pánico?

-Muy bien, te lo contaré. Pero con una condición.

-No estás en posición de poner condiciones, Chloe. O me lo dices ahora mismo o llamo a la policía.

Menuda compasión.

-Pues llama a la policía. No pienso decirte nada.

Pero en lugar de marcar el teléfono, Trace cerró los ojos. Estaba muy pálido y Chloe lamentó estar discutiendo con él. Sabía que Ramón no podía haberlo atacado, pero la realidad era que alguien acababa de golpearlo en la cabeza. Y había muchas posibilidades de que ese alguien fuera un D'0nofrio.

-¿Necesitas algo? ¿Quieres una aspirina?

-No, gracias.

-¿Te apetece cenar? Sólo tardaré un minuto en calentar el asado.

Trace abrió un ojo.

-¿Sabes cocinar?

-Desde los doce años. Alguien tenía que encargarse de la cocina cuando mi madre fue a la cárcel por primera vez.

-A los doce años -suspiró él-.Yo tenía siete cuando mi madre nos abandonó. Pero ella no volvió nunca.

-Lo siento -murmuró Chloe.

-No lo sientas, teníamos a mi tía Sophie. No podría habernos querido más si fuéramos sus propios hijos. Incluso cuando nos poníamos imposibles.

-Entonces entenderás que yo quiera a mi familia. Son un poquito... en fin, raros, pero son todo lo que tengo.

-¿Raros?

-Bueno, delincuentes. Excepto Ramón. Mi hermano no es una persona violenta.

Esperó que le contradijera, pero no dijo nada. Quizá lo había convencido. Quizá ya no iba a llamar a la policía.

Chloe apretó los labios. Cuando encontrase al D'0nofrio que le había pegado aquel mamporro, lo colgaría de los pulgares. No, algo peor, haría que se comiera el asado. Trace le había preguntado si sabía cocinar, no si era buena cocinera.

En su caso, había una gran diferencia.

Pero no podía hacer nada hasta que él tomase una decisión. ¿Denunciaría a su hermano? ¿O creería en su inocencia?

-Chloe -dijo Trace entonces, con el tono de un hombre que ha tomado una decisión.

-¿Sí?

-Hay algo más que debes saber.

Capítulo 4

LO único que debía decirle a Chloe D'0nofrio era «adiós». Especialmente porque había subestimado el daño que podía hacerle aquella chica. Aunque el dolor de cabeza era un poderoso recordatorio. Y Trace tenía que concentrarse en el dolor, más que en la aprensión que veía en sus ojos castaños.

-¿Algo más? ¿Qué?

«Sal de aquí», se dijo a sí mismo. Podría marcharse sin decir una palabra sobre lo que había visto. Después de todo, era problema de los D'0nofrio. De hecho, debería pensar que un golpe en la cabeza era una forma de decirle que se metiera en sus cosas.

-¿Qué querías decirme? -insistió Chloe.

De haber sabido que los D'0nofrio eran una familia de delincuentes no habría quedado con ella. Él no solía meterse en las cosas de los demás. Ya tenía suficientes problemas. Pero debía reconocer que Chloe no era responsable de las canalladas de su hermano.

Y debía saber la verdad.

-Es... sobre la escalera.

-¿Qué tiene que ver la escalera con Ramón?

En lugar de contestar. Trace se levantó del sofá, pero tuvo que sujetarse a una lámpara.

-Creo que deberías sentarte. Te han dado un golpe en la cabeza y no sabes bien lo que dices - suspiró Chloe.

-Pronto lo entenderás -dijo él entonces, acercándose a la escalera.

-¿Entender qué?

Había impaciencia en su voz. Era comprensible. Aquella mujer debía haber recibido muchas sorpresas desagradables en su vida. Y él estaba a punto de añadir una más.

-Túmbate.

-Como he dicho antes, eres tú el que debería tumbarse. Pero no en el suelo.

-Túmbate -insistió Trace-. Y mira debajo de la escalera.

Chioe decidió no protestar. Evidentemente, el golpe lo había afectado más de lo que pensaba.

Él esperó, tenso, para ver cuál sería su reacción. ¿Gritar, maldecir a su familia, llorar? Pero Chloe no hizo ninguna de esas cosas. Su reacción, o más bien su falta de reacción, le hizo pensar que quizá lo había imaginado.

-¿Y bien? -preguntó por fin, impaciente-. ¿Ves algo?

-Claro que sí. Hay diez kilos de polvo. Venga, vámonos, he reservado mesa en...

-Sigue ahí, ¿no?

- Yo no he visto nada raro.

Suspirando, Trace volvió a tumbarse en el suelo. No, no era su imaginación. Pegada a la escalera con cinta adhesiva había una bolsa de plástico. Y dentro, docenas de diamantes de todas formas y colores. Incluso en la oscuridad, las joyas brillaban como estrellas en el cielo.

Chloe se tumbó a su lado.

-Puedo explicártelo.

-A ver, empieza.

¿Le diría la verdad o inventaría cualquier historia? ¿Y sería él capaz de notar la diferencia?

-Muy bien. No puedo explicártelo, pero eso no significa que no haya una explicación perfectamente lógica.

-¿Por ejemplo?

-Pues... que no es lo que parece.

-A mí me parecen unos diamantes que valen miles de dólares.

-Podrían ser falsos. A veces no es fácil diferenciarlos.

Trace miró la bolsa. Quizá eran falsos, pero eso planteaba otra cuestión.

-Si fueran falsos no estarían escondidos.

-Pues... a lo mejor alguien cree que son auténticos.

-Sólo hay una forma de enterarse.

Chloe se puso tensa.

-No me parece buena idea.

-Aún no te he dicho lo que voy a hacer.

-Me lo puedo imaginar. Quieres llevarlos a una joyería para que los examinen. ¿O habías pensado otra cosa?

-No, era eso. Así sabremos lo que tenemos entre manos.

-¿Sabremos? -repitió ella-. Esto no es problema tuyo. Callahan. Es mi escalera, mi casa.

-¿Tus diamantes?

Chloe no lo negó. Había pensado que ella no podría involucrarse en un negocio sucio, pero... ¿por qué no? ¿Por qué la había creído una persona decente, por su forma de besar?

Trace cerró los ojos un momento para no pensar en el beso. Lo confundía demasiado.

-No son mis diamantes -dijo ella entonces-. Pero sí es un problema familiar. Y prefiero que no te involucres.

-Es demasiado tarde, ya estoy involucrado. Ahora entiendo por qué me golpearon en la cabeza... no querían que encontrase el botín.

-Eso es una especulación -replicó Chloe, aunque no parecía muy convencida-, ¿Por qué no iba mi... quien sea, a tomar los diamantes y salir corriendo?

Trace se encogió de hombros.

-A lo mejor se asustó. Pensó que me había matado y...

-Por favor.

-Los delincuentes no son siempre lógicos. O listos.

-Eso ya lo sé -suspiró ella-. Bueno, ¿y ahora qué?

Estaban muy cerca y Trace podía sentir su aliento en la mejilla.

-Deberíamos llamar a la policía.

Chloe se levantó a toda prisa y Trace la siguió, un poco más despacio.

-No, eso no.

-Sé que estas disgustada, sé que no quieres aceptar que tu hermano me ha atacado, pero eso no le va a ayudar. Ramón seguirá metiéndose en líos…

-No ha sido Ramón.

-Mira, los diamantes son un asunto muy serio. Estamos hablando de un robo, Chloe. Tenemos que llamar a la policía.

-Tienes razón.

Él parpadeó, sorprendido. Pero cuando se volvió para ir al salón, Chloe se interpuso en su camino.

-No tenemos que llamar todavía. Sigo sin creer que Ramón te haya golpeado…

-¿Crees que robó los diamantes?

-No lo sé -suspiró ella-. ¿Por qué no ha empezado por algo pequeño, una pulsera de oro, un collar? -exclamó entonces, furiosa-. No, él tenía que robar suficientes diamantes como para pasar el resto de su vida en la cárcel.

-Espera un momento. ¿Ramón te dijo que pensaba atracar una joyería?

-No me lo dijo, pero sé que pensaba… ¿por qué no intenté detenerlo?

-No es culpa tuya.

-Sí es culpa mía. Le prometí a mi madre que cuidaría de él desde la primera vez que fue a la cárcel y he intentado mantener esa promesa desde entonces.

Trace sintió pena por aquella chica. Sus padres la habían dejado sola con Ramón cuando apenas era una cría y tuvo que cuidar de él como si fuera una adulta.

-Ramón es un hombre, no un niño. Tú ya no eres responsable de lo que haga.

-Sigue siendo un crío sensible e impulsivo - suspiró Chloe-. Voy a buscarlo. Intentaré convencerlo para que se entregue a la policía. Si lo hace, la condena será menor.

Él negó con la cabeza.

-Seguro que alguien ha denunciado el robo de los diamantes. Y si los encuentran aquí, podrían pensar que tú eres su cómplice.

-No te preocupes por mí.

Trace sabía que lo decía en serio. Chloe D'0nofrio llevaba años cuidando de sí misma y de su hermano. Pero aquello era muy grave.

-Veinticuatro horas. Te doy veinticuatro horas para encontrar a tu hermano. Luego llamaré a la policía.

Chloe le echó los brazos al cuello.

- ¡Gracias! No lo lamentarás, te lo aseguro.

No lo lamentaba. Al menos, por el momento, con Chloe entre sus brazos. Sin pensar. Trace inclinó la cabeza para buscar sus labios y la apretó contra él. Quería comprobar que la conexión que sintió mientras le hacía el boca a boca era real, que no fue algo imaginado.

Fue el mejor beso de su vida.

Sintió el mismo calor, la misma conexión… casi como si sus almas estuvieran conectadas. Y eso lo emocionaba y lo asustaba al mismo tiempo.

Entonces se apartó, apretando la cara contra su pelo durante unos segundos para recuperar la calma.

-Menuda cita.

Chloe rió, sin aliento.

-Corta, pero memorable.

-¿Significa eso que ha terminado?

-Si sólo tengo veinticuatro horas para encontrar a Ramón, tendré que empezar a buscarlo ahora mismo.

-¿Sabes por dónde empezar?

-El bar Ducky's, en la calle Benton. Es uno de sus favoritos.

-¿La calle Benton? -repitió Trace, incrédulo-. No puedes ir allí sola.

-No me pasara nada.

-Voy contigo -dijo él entonces, sacando las llaves del coche-. Y conduzco yo.

-Prefiero ir sola -insistió Chloe.

-De eso nada.

-¿Cómo?

-He estado un par de veces en el Ducky's y te aseguro que no es sitio para una mujer. Es mejor que vaya contigo, para protegerte.

Chloe se quedó mirándolo, atónita, durante unos segundos.

-¿Sabes en qué siglo estamos, Trace?

-En el XXI -contestó él-. Pero algunas mujeres no saben lo que es bueno para ellas.

-¿Tú siempre dices tantas bobadas o ha sido el golpe en la cabeza?

-Te aseguro que un golpe en la cabeza no puede detener a un Callahan.

-Pues es una pena -murmuró Chloe.

El bar Ducky's estaba entre un salón de tatuajes y una agencia de fianzas, al final de la calle Benton. La pintura amarilla del edificio se caía a trozos y los cristales de las ventanas eran muy oscuros. En general, tenía un aspecto lóbrego.

Trace miró a Chloe, que caminaba a su lado por la acera llena de basura. Parecía muy decidida.

-Espera -dijo, antes de entrar-. He cambiado de opinión. No puedes entrar ahí.

-¿Por qué no? -preguntó ella.

-Espérame en el coche. Entraré solo.

-No pienso esperar en el coche. Y no me puedo creer que seas tan machista.

-Y yo no me puedo creer que quieras entrar en el bar con ese escote.

Chloe se puso en jarras.

-¿No te gusta mi blusa?

-¿Quieres una opinión sincera? Me encanta la blusa y me encanta cómo te queda. El problema es que a todos los macarras del bar les gustará también. Y no podré ayudarte a buscar a Ramón si tengo que pelearme con un montón de macarras.

-Para empezar, yo no te he pedido que te pelees con nadie -replicó ella-. Apenas puedes caminar y mucho menos meterte en una pelea para defender mi honor. Y, además, puede que te sorprenda saber que no todos los hombres ven a las mujeres como objetos sexuales.

Trace apretó los labios.

-Esto no tiene nada que ver con el sexo, pero sí con esa blusa roja que llevas. ¿No tienes un jersey o algo así?

-¿Un jersey? Pero si hace un calor horrible.

Trace alargó la mano y levantó el escote de la blusa hasta la barbilla.

-Así te queda mejor.

-Te estás pasando -dijo ella, bajándola de nuevo-. Pero no tengo tiempo para discutir. Hemos venido a buscar a Ramón.

-Deja que hable yo. La dueña es una tía muy rara, dicen que se ha casado cuatro veces.

-¿Y por eso es rara? Más bien desgraciada en el amor.

-Sus maridos fueron los desgraciados. Están todos muertos.

-¿Qué quieres decir?

-No digo nada. Sólo que es una mujer muy rara y hay que tener cuidado -suspiró Trace-. Pero no te preocupes, yo hablaré con ella. Las mujeres me encuentran irresistible.

-Será por tu modestia.

-Será. Venga, vamos. E intenta no llamar la atención.

Trace abrió la puerta del bar y miró alrededor, intentando acostumbrarse a la oscuridad y el humo. Como música de fondo, una canción de Hank Williams y las campanitas de varias máquinas del millón.

Sólo había dado un paso cuando un tipo enorme se interpuso en su camino.

-Identificación.

-¿Y ella? -preguntó Trace, señalando a Chloe-. A ella no le ha pedido identificación. ¿No pensará que yo tengo menos de dieciocho años?

-Será tu carita de niño.

El tipo, un cachas de metro noventa, llevaba el pelo muy corto y tenía una cicatriz en la frente.

Trace vio que Chloe le hacía señas desde la barra.

-Tengo veintisiete años. ¿Por qué no me deja entrar?

-¿Por qué no me enseñas el carné de identidad? ¿Tienes algo que esconder?

Trace metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar la cartera. Pero no estaba allí. Maldición.

-¿Algún problema, guapito?

Definitivamente tenía un problema... y su nombre era Ramón. No sólo le había golpeado con un chihuahua de escayola; además, le había robado la cartera.

Menudo día.

-¿Me creería si le digo que alguien me ha robado la cartera?

-Qué original. He echado a adolescentes con más imaginación.

Antes de que Trace pudiera replicar, Chloe se acercó.

-¿Qué pasa?

-No te metas, Chloe. Deja que yo lo solucione.

-¿Es esa forma de hablarle a tu novia? -dijo el cachas.

-No soy su novia -replicó ella.

-Ah, estupendo. Te invito a una cerveza y luego podremos charlar «en privado».

-De eso nada -protestó Trace.

-Oye...

Pero aquella vez Trace no pensaba dejar que Chloe lo interrumpiese.

-Esta mujer es mía. Y si tienes un problema, lo resolveremos fuera.

El cachas sonrió, la luz reflejándose en un diente dorado.

-Tú primero.

-¡Nadie va a ninguna parte! -gritó Chloe, colocándose entre los dos-. ¿Cuál es tu problema, Viper?

-¿Viper? -repitió Trace.

-Es mi primo. Viper D'0nofrio, te presento a Trace Callahan.

-Otro niño bonito -suspiró el cachas-. ¿Por qué no te buscas un tío de verdad, mi abogado por ejemplo? De eso quería hablarte. Me ha dicho que le gustaría salir contigo.

-Tu abogado es un cerdo.

-Pero piensa lo bien que nos vendría en la familia. Consejo legal gratuito veinticuatro horas al día.

-¿Por qué no sales tú con él si tanto te gusta? Además, no he venido aquí para hablar de mi vida amorosa. Estoy buscando a Ramón.

-¿Tu hermano?

Chloe levantó una ceja.

-¿A cuántos Ramones conoces?

Viper se encogió de hombros.

-No lo he visto por aquí. Pero si lo hubiera visto, no te lo diría. No soy un soplón.

-Entonces tendré que preguntarle a Ducky. ¿Dónde está?

-¿Y qué pasa con este tío? -insistió Viper, señalando a Trace-, Dice que le han robado la cartera. ¿Cómo sé yo que no es un poli?

-Si fuera policía te detendría por gorila -replicó Trace-. Y no te preocupes. En cuanto encontremos a Ramón encontraremos mi cartera.

-Trace, mi hermano no te la ha robado.

-Claro que sí. O eso o se la ha comido el chihuahua.

Viper soltó una carcajada.

-Parece que, por fin. Ramón está haciendo honor al apellido D'0nofrio. Claro que mi prima Chloe es otra historia. Ella es limpia como una monjita. Cada vez que hacíamos algo se chivaba... ¡Ay!

Una mujer de pelo gris estaba retorciendo la oreja del gigantón.

-Ya está bien, Virgil D'0nofrio. Te he dicho que no molestes a mis clientes.

-Pero Ducky...

-Si no tienes nada mejor que hacer ponte a fregar el suelo de los lavabos. Y quiero que brillen.

-Pero Ducky...

-Si vuelvo a oir «pero Ducky» voy a limpiar los suelos con tu lengua -lo interrumpió ella.

Trace no pudo evitar una sonrisa. La mujer parecía un ángel del infierno, pero tenía gracia.

Y Viper pareció tomarse en serio la amenaza.

-Sí. Ducky.

-¡Y no entres en el lavabo de señoras sin llamar! -gritó la mujer-. Bienvenido a Ducky's, señor...

Chloe sonrió.

-Trace, te presento a mi abuela, Ducky D'0nofrio.

Capítulo 5

CHLOE disimuló una risita al ver la expresión de Trace. Debería habérselo dicho antes, pero aquel hombre parecía despertar lo peor en ella. Especialmente, después de haber acusado a su abuela de matar a sus maridos.

Ducky no era precisamente un ángel, pero tampoco era peligrosa. O, al menos, no tan peligrosa.

-Hace siglos que no pasabas por aquí, cariño. A ver que te vea... no estás mal -sonrió Ducky, bajando el escote de la blusa-. Pero así está mejor. ¿Y este joven?

-Es un amigo.

-Ah, un amigo. ¿A que no parezco su abuela?

-Pues...

Ducky miró a su nieta.

-¿Siempre es así de lento o es que está obnubilado por una ración doble de bellezas D'0nofrio?

Chloe le dio un beso en la mejilla.

-Llevas cuarenta años dejando a los hombres sin palabras, Ducky. ¿Qué esperabas?

-Es una pena que nunca te hayas querido meter en el negocio, chica. Tienes mucha labia.

-¿Ah, sí? Pues invítanos a una cerveza.

Ducky soltó una carcajada.

-Sentaos en mi mesa especial. Enseguida voy para allá.

Trace la miraba, atónito. Normal. Enfrentarse a más de un D'0nofrio a la vez ejercía ese efecto en la gente. Especialmente si uno de ellos era Ducky. Y Chloe sentía mucho cariño por su abuela, a pesar de que a menudo estaba al otro lado de la ley.

Ducky la ayudó mucho cuando su madre acabó en la cárcel. Fue ella quien los cuidó y la animó a estudiar diseño. No era una abuela típica, pero la quería mucho.

-¿De verdad es tu abuela? -murmuró Trace.

-La madre de mi padre.

-Podrías haberme avisado.

-Pero... pensé que tú lo sabías todo -replicó Chloe, pestañeando inocentemente.

Antes de que él pudiera contestar, Ducky apareció con las cervezas.

-No podemos quedamos mucho tiempo -le advirtió Chloe.

-El tiempo suficiente para que Trace me diga cuáles son sus intenciones -replicó su abuela.

-Mis intenciones son absolutamente honestas.

-Una pena -replicó Ducky-. Un hombre con intenciones honestas no es nada divertido. ¿La has besado ya?

-¡Ducky! Es nuestra primera cita. Además, no hemos venido aquí a hablar de besos. Hemos venido buscando a Ramón.

-¿Qué ha hecho ahora?

-Se ha metido en un buen lío y tengo que encontrarlo -suspiró Chloe-. ¿Ha estado aquí esta noche?

-No, pero estuvo ayer. Con una chica.

-¿Una chica?

-Una amazona, más bien. Ramón no sabía ni por dónde agarrarla.

-¿Quién era?

-Ni idea.

-¿El primo Viper no le pidió identificación?

-No, Viper estaba muy ocupado observando otras «estadísticas vitales». Era una rubia oxigenada de esas que llevan demasiado maquillaje y demasiado perfume. Espero que Ramón no se haya colado por ella -contestó Ducky, tomando un sorbo de cerveza.

Chloe sacudió la cabeza.

-Ni siquiera sabía que saliera con alguien.

-La rubia estuvo ligando con tu primo toda la noche, pero Ramón estaba demasiado nervioso como para darse cuenta.

-Pobrecillo -murmuró Chloe-. No tiene mucha suerte con las mujeres. Ahora entiendo que estuviese tan raro últimamente.

-¿Raro? ¿Qué me dices? -murmuró Trace, irónico.

Ella no le hizo caso.

-¿Sabes algo más, Ducky?

-Es hora de que le dejes vivir su vida, Chloe. Ramón es un hombre maduro y no necesita que lo vigiles todo el tiempo.

Ella parpadeó, sorprendida.

-Pero es mi hermano.

-Claro que sí. Pero en la vida hay más cosas que ocuparse de un hermano -dijo Ducky entonces, haciendo una mueca-. Mírate, sales con un tío guapísimo y estás preocupándote por Ramón.

Chloe suspiró. ¿Cómo iba a disfrutar con Trace o cualquier otro hombre sabiendo que su hermano se había metido en un lío? ¿Cómo no iba a hacer nada?

-Trace cree que Ramón le golpeó en la cabeza esta noche, cuando fue a buscarme a casa.

-Imposible -dijo Ducky-. Ramón no es así. No es una persona violenta.

-Casi me cortó un dedo el otro día -replicó Trace-. Y esta noche abrió la puerta con un cuchillo en la mano.

-Qué va, le pone histérico ver sangre. No puede ser.

-Tengo cinco puntos que lo prueban -insistió él-. Pero eso no es todo. Hemos encontrado una bolsa con...

-Patatas fritas -lo interrumpió Chioe-. Estaban tiradas en el suelo de la cocina y Ramón ha desaparecido. Por eso creo que le ha pasado algo.

Mentía fatal, pero era demasiado tarde como para dar marcha atrás.

-Ya sabes cuánto le gustan a Ramón las patatas fritas. Aunque quizá no es para tanto... -dijo ella entonces, levantándose-. ¿Nos vamos. Trace?

Él miró su cerveza, que no había tocado.

-Sí, claro.

-Adiós, Ducky. Sé buena -dijo Chloe, besando a su abuela en la mejilla.

-Seré buena si tú eres un poco mala -sonrió Ducky. Luego se volvió hacia Trace-. Prométeme que cuidarás de mi nieta.

-Ducky...

-Prométemelo.

- Se lo prometo -dijo él.

-Gracias. Me gusta. Creo que deberías quedártelo.

-Pero si esta es nuestra primera cita...

Y la última, seguramente. Le sorprendía que Trace Callahan no se hubiera marchado todavía, pero dudaba que aquello fuera a repetirse.

-Además, es de los que cree que las mujeres deben ser vistas, pero no oídas.

-Yo nunca he dicho eso -protestó Trace-. Sólo he dicho que algunas mujeres no saben lo que es bueno para ellas.

Ducky soltó una carcajada.

-Y algunos hombres tampoco.

-¿Por qué le has contado eso? -preguntó Trace mientras iban hacia el coche. Había empezado a llover y las luces de las farolas se reflejaban en la acera mojada.

-¿Qué?

-Lo de las patatas fritas.

-No quería que Ducky supiera nada de los diamantes.

-¿Porqué?

-Porque me los habría pedido.

-Lo dirás de broma.

-Desgraciadamente, no. Mira, los D'0nofrio no son exactamente una familia normal,

Eso sí que era un eufemismo. Trace no había conocido a nadie como Ducky D'0nofrio. Y, desde luego, no le gustaría encontrársela en un callejón oscuro.

-¿De verdad crees que se quedaría con los diamantes?

-Para protegerme -suspiró Chloe-. Pero luego los vendería en el mercado negro. Hace tiempo que no pisa la cárcel, pero tiene una mesa de juego ilegal en la parte trasera del bar. Lo lleva en la sangre. Una bolsa con diamantes sería irresistible para ella.

-¿Ducky lo lleva en la sangre, pero tú no?

-Yo debo ser una mutación genética.

-Afortunadamente para ti -suspiró Trace, abriendo la puerta del coche-. ¿Desde cuándo hay delincuentes en tu familia?

-Creo que empezó con mi tatarabuelo. Era un jugador profesional al que dispararon por la espalda... porque estaba haciendo trampas en una partida de póquer. Con los años, la historia se ha ido haciendo más romántica... y hasta mi hermano se llama como él.

-¿Era un tahúr?

-No lo sé y me da igual. Lo único que me importa es evitar que mi hermano se meta en líos.

-Pero sabemos que robó los diamantes. O que, al menos, los escondió.

-Puede que sea el primer sospechoso, pero no podemos estar seguros de nada -suspiró Chloe-. Y aunque los hubiera robado... podría devolverlos.

-Ese no era parte del acuerdo -dijo Trace, poniendo el coche en marcha.

Hicieron el camino en silencio, pero cuando llegaron a casa de Chloe vieron que la puerta estaba abierta.

-¿No cerré al salir?

-Sí, con llave. Lo cual significa...

-Significa que es hora de aclarar este asunto de una vez por todas -lo interrumpió ella.

Trace la siguió a toda prisa. No quería dejarla sola con Ramón. Si estaba desesperado podría hacer cualquier barbaridad.

Chloe se detuvo de golpe en el porche y él lo hizo también al ver el interior de la casa. Estaba destrozada, como si hubiera pasado un tomado.

Los muebles fuera de su sitio, papeles por todas partes, la tela del sofá hecha jirones... hasta habían quitado la tapa de la televisión.

Chioe tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta. Estaban tan cerca que Trace podía oler su champú de fresas. Y su cuello era tan tentador...

-¿Qué demonios ha pasado aquí? -exclamó, para controlar el absurdo deseo de besarla.

-¿No es evidente? -suspiró ella.

Todas las habitaciones habían sido registradas y saqueadas. Y el dormitorio de Ramón se llevó la peor parte.

Habían sacado toda la ropa del armario, los cajones de la cómoda estaban rotos, el colchón había sido rajado con un cuchillo...

Chloe se inclinó para tomar un payaso de trapo. El tiempo había desteñido su pelo rojo y el vestido de lunares, pero la hendidura que lo abría de parte a parte era nueva.

-Mi padre se lo regaló cuando tenía diez años -murmuró, con la voz preñada de emoción-, Y Ramón prometió que lo guardaría para siempre.

Trace se lo quitó de las manos y lo dejó sobre el somier.

-Puedes llorar si quieres -murmuró, abrazándola.

Chloe levantó la cabeza, con los ojos brillantes de furia.

-¿Llorar? Prefiero liarme a patadas. ¿Cómo se atreven a destrozar mi casa para poner sus sucias manos en los diamantes?

-Quizá no los hayan encontrado.

-¡Claro que no!

-¿Cómo lo sabes?

-Porque los llevo en el bolso -contestó ella, tan tranquila.

Trace la miró, atónito.

Miles y miles de dólares en el coche, en el bar... y él no tenía ni idea.

-¿Tú estás loca?

-No, más bien soy prudente. Especialmente considerando lo que ha pasado.

-¿Y si nos hubiera parado la policía?

-¿Por qué iba a pararnos?

-Qué sé yo, para ponemos una multa... podrían haber mirado en tu bolso.

-¿Para qué, para buscar un lápiz?

Él dejó escapar un suspiro.

-¿Y si hubiéramos tenido un accidente y los hubiera encontrado una enfermera? ¿Y si nos hubieran robado en la puerta del bar?

-Tú estabas allí para protegerme, ¿no? -replicó Chloe, irónica.

-¡Podrías haberme dicho que llevabas los diamantes!

-¿Por qué estás tan enfadado? Soy yo quien debería estar histérica. Han destrozado mi casa.

-Tu hermano ha destrozado tu casa.

-¿Crees que lo ha hecho Ramón?

-Por favor... no pensarás seguir defendiéndolo, ¿verdad? Incluso se ha cargado a su payaso.

-¿Cuántas veces tengo que decirte que Ramón nunca haría nada violento?

Trace colocó el colchón sobre el somier para sentarse él.

-Lo que creo es que deberías enfrentarte con la realidad. Ramón se ha vuelto loco.

-Que te haya rozado sin querer con una sierra eléctrica no lo convierte en un sádico -replicó ella.

-Fue algo más que un roce, pero da igual. Cada vez es más peligroso. Esta destrucción es obra de alguien que ha perdido la cabeza. No puedes dormir aquí, Chloe.

-¿Es una orden?

-Sí. ¿No puedes dormir en casa de tu abuela?

-Por supuesto. Pero no tengo intención de hacerlo.

-Tienes que ser sensata.

Ella levantó los ojos al cielo.

-Me gustas mucho más cuando no abres la boca.

-Qué graciosa. Yo estaba pensando exactamente lo mismo.

«Excepto cuando me besas». Trace apartó la mirada de su boca. ¿Por qué lo hacía todo tan difícil? ¿Por qué tenía cara de ángel y un cuerpo de pecado? ¿Por qué no se iba de allí?

-Sé que prefieres a las mujeres discretas, pero a mí no me hicieron así.

-Créeme, no me quejo de cómo te han hecho.

Chloe se puso colorada.

-Si prestaras un poco de atención a mi cabeza en lugar de... a lo que sea, podríamos descubrir algo.

-Mira, Chloe, creo que eres una persona muy inteligente. Excepto cuando se trata de tu hermano. Debes admitir que no atiendes a razones cuando se trata de Ramón.

-Es posible, pero como te he dicho mil veces yo conozco a Ramón mejor que nadie. Puede que hubiese escondido los diamantes, pero nunca haría esto -dijo ella, señalando la habitación.

-Entonces, ¿quién lo ha hecho? ¿Otro D'0nofrio?

Chloe negó con la cabeza.

-A menos que fuera mi tío Pete aunque ya no es mi tío porque mi tía Mary ha pedido el divorcio. Nadie de la familia se relaciona con él desde que lo detuvieron por... en fin, dirigir una casa de mala reputación. Hasta los D'0nofrio tienen un límite.

-¿Crees que tu tío Pete ha registrado tu casa?

-No sé qué pensar. También es posible que todo esto no tenga nada que ver con los diamantes. A lo mejor me han robado.

-¿Se han llevado algo?

- Sólo a mi hermano.

-Sí, seguro.

-¿Tienes una teoría mejor?

-Que Ramón sea el culpable es la única explicación que se me ocurre. Pero podría tener un cómplice... o más de uno.

-No puede ser. Ramón no tiene muchos amigos.

-No tendrían por qué ser amigos. ¿Y la rubia de la que habló tu abuela?

-Sí, es posible -murmuró Chloe.

-Tenemos que llamar a la policía.

-Pero...

-Nada de peros. Ya nos hemos arriesgado suficiente esta noche. Sigo sin creer que llevaras esos diamantes contigo...

-¿Otra vez con eso? Aunque la policía los hubiera descubierto, sólo tendríamos que explicar la situación. No sospecharían de nosotros.

-A menos que uno de los dos hubiera estado en la cárcel.

- ¡Yo no he estado en la cárcel! -exclamó Chloe.

-Pero yo sí.

Chloe lo miró, atónita. ¿Por qué la sorprendía tanto? Casi toda su familia estaba o había estado en la cárcel.

¿Pero Trace Callahan?

-¿No me crees?

-Francamente... no. No das el tipo.

-¿Eso es un halago?

-Por supuesto. Bueno, ¿qué pasó? ¿Te detuvieron por un delito que no habías cometido?

Él negó con la cabeza.

-No. Robé un coche con unos amigos.

-¿Cuántos años tenías?

-Dieciocho. Y ya tenía antecedentes por vandalismo, pequeños hurtos...

- ¿Por qué no me lo habías dicho?

-No es algo de lo que esté orgulloso, Chloe. Pero ya no soy el mismo. He cambiado gracias a mi tía Sophie.

-¿Porqué?

-Ella convenció al juez para que me pusiera la sentencia mínima. Y me confesó que mi madre no volvería nunca.

-Un poco duro, ¿no?

-Sí, pero yo necesitaba oírlo.

-¿Por qué?

-Mi madre nos abandonó cuando yo tenía seis años y tuve el primer problema con la policía a los nueve.

-¿A los nueve? ¿Qué hiciste?

-Romper la ventana de un vecino con una piedra. Y con los años mi comportamiento era cada vez más salvaje -suspiró Trace-. Lo que no entiendo es por qué mi tía no me dio con una piedra en la cabeza.

-Estabas buscando atención -sonrió Chloe, recordando que Ramón siempre se metía en líos cuando su madre estaba en la cárcel.

-Claro. Supongo que pensaba que mi madre iría a rescatarme.

-Pero no lo hizo.

Trace se encogió de hombros.
-Tenía a mi tía Sophie, que me trataba como si fuera su hijo. Y me quería lo suficiente como para decir la verdad, que mi madre no volvería jamás y que yo tenía dos opciones: hacer algo con mi vida o destrozarla.

-Y elegiste lo primero.

-Por supuesto. Pero sabía que ella siempre estaría ahí para ayudarme.

Chloe se emocionó al imaginar a Trace de niño.

-¿Cómo puede una madre abandonar a sus hijos?

-Ella quería una vida diferente, por lo visto. Así que se marchó a Europa y volvió a casarse con un millonario.

-Qué mala pécora. ¿Os escribía alguna vez, os enviaba regalos?

-No, nunca.

Chloe apretó los labios. ¿Por qué aquella historia la afectaba tanto? Apenas conocía a Trace.

Entonces lo entendió.

Su madre también la había abandonado. Ella no se fue a Europa, sino a la cárcel, pero era lo mismo. Quizá Eileen no quería abandonar a sus hijos, pero llevaba una vida al margen de la ley y ellos sufrieron las consecuencias.

Sin pensar, Chloe tomó la mano de Trace. Era lógico que hubiese una conexión entre ellos. Compartían muchas cosas, sobre todo la pérdida, el dolor, la sensación de abandono.

Cuando lo miró a los ojos la rabia que sentía se convirtió en algo totalmente diferente.

-Chloe -murmuró Trace con voz ronca.

Ella no dijo nada; levantó la mano y acarició suavemente su pelo. Trace acariciaba su cara, su cuello, el borde de la blusa. Sus ojos azules se habían oscurecido y respiraba de forma agitada.

Chloe cerró los ojos, dejándose llevar por las sensaciones, asombrada de que un roce tan suave ejerciera en ella un efecto tan devastador.

El sonido del teléfono los sobresaltó a los dos y se miraron un momento, sin saber qué hacer.

-Será mejor que conteste -dijo ella por fin, mirando alrededor. Encontró el teléfono en el suelo, debajo de la cama-. ¿Dígame?

-¿Quién es? -murmuró Trace. Chloe tapó el auricular con la mano.

-Es Ramón.

Capítulo 6

CHLOE paseaba por la habitación, haciendo nudos con el cordón del teléfono. A juzgar por su silencio, era Ramón el que hablaba.

Trace se pasó un dedo por el cuello de la camisa, nervioso por todo lo que estaba pasando. Sentirse atraído por Chloe D'0nofrio era una cosa, dejarse llevar por esa atracción, otra muy diferente.

-Mira, Ramón... -empezó a decir ella exasperada.

También Trace estaba exasperado. Aquella cita no era lo que había planeado. Todo lo contrario, de hecho. Sin querer, observaba los labios entreabiertos de Chloe... esos labios que había besado poco antes. Y que le gustaría volver a besar.

Las últimas horas con Chloe D'0nofrio habían sido las más emocionantes e impredecibles de su vida. Ella no era como ninguna otra mujer.

Y no tenían nada en común.

Ella era una D'0nofrio, se recordó a sí mismo. Punto número uno, era la hermana de Ramón. Punto número dos, lo sacaba de quicio. Punto número tres. Trace quería controlar su vida, vivir tranquilo.

-Ramón, por favor... Escúchame.

-Deja que yo hable con él.

Chloe negó con la cabeza, pero Trace le quitó el teléfono.

-Ramón, soy Trace Callahan.

-¿Qué demonios haces ahí? -le espetó el hermano de Chloe-. No, no me lo digas. No quiero saberlo. Pero si le has puesto una mano encima a mi hermana...

-No es hora de jugar. Ramón. ¿Por qué no te entregas a la policía? Cuanto más esperes...

Pero Ramón no le dejó terminar la frase.

-Me ha colgado.

-Qué sorpresa.

-¿Estás enfadada conmigo?

-No, no estoy enfadada. ¡Estoy furiosa! -gritó Chloe.

-Ramón suele enfurecer a la gente.

-No estoy furiosa con Ramón, estoy furiosa contigo.

-¿Conmigo? ¿Qué he hecho ahora?

-Para empezar, me has quitado el teléfono de las manos. Y luego seguramente le habrás dado un susto de muerte a mi hermano pidiéndole que se entregase a la policía.

-Tenía que hacer algo. Tú no estabas consiguiendo nada.

-¡Estaba escuchándole! Deberías intentarlo alguna vez, en lugar de meterte donde no te llaman.

-Yo escucho -replicó Trace.

«Donde no te llaman». Eso le dolió. A lo mejor lo había imaginado todo, a lo mejor no existía esa conexión con Chloe.

-No, tú no escuchas en absoluto. Tú vas a lo tuyo.

-Mira, lo siento. Ha sido una noche muy larga y los dos estamos muy cansados.

-Desde luego que sí. Y creo que deberías irte.

-¿No quieres que espere hasta que llegue la policía?

Chloe parpadeó.

-¿La policía?

-Tienes que denunciar esto. Es allanamiento demorada.

-¿Quién lo dice?

Trace respiró profundamente, intentando armarse de paciencia.

-No estoy intentando decirte lo que debes hacer. Es tu casa, tu hermano, tu problema. Pero cualquier persona razonable...

-Sabría que Ramón no aparecerá por aquí si ve un coche patrulla en la puerta -terminó Chloe la frase por él-. Además, creo que no han robado nada. Quien fuera que sea, estaba buscando algo en concreto.

-Los diamantes, claro. Y eso significa que podrían volver en cualquier momento. No puedes quedarte aquí, Chloe.

-Trace...

-Quiero decir, preferiría que no te quedases sola. Si no quieres marcharte, de acuerdo. Me quedaré a dormir aquí.

-No -dijo ella-. No será necesario. Ya has hecho demasiado por mí.

No tanto como le gustaría. Y eso lo preocupaba más que los diamantes robados. Él tenía fuerza de voluntad, pero era humano al fin y al cabo.

-Llamaré a mi primo Viper. No le importará dormir en el sofá.

-Muy bien.

-Buenas noches. Trace. Esta es una cita que nunca olvidaré.

-Yo tampoco -murmuró él-. Cierra todas las puertas y ventanas.

-Sí, señor -contestó Chloe, haciendo un saludo militar.

-Ya, bueno... Ya sé que a veces me paso dando órdenes. Intentaré contenerme la próxima vez.

-Llevo demasiado tiempo viviendo sola como para aceptar órdenes de nadie. Madame Sophie se equivocó con nosotros.

-Desde luego -suspiró Trace, dando un paso hacia ella-. ¿Nos veremos mañana?

Chloe asintió con la cabeza, los ojos grandes y luminosos.

-Iré al Café Romeo después de comer. Tengo que medir las ventanas.

-Nos veremos allí -asintió él, intentando resistir el impulso de acariciar su pelo.

-Buenas noches.

-Buenas noches -suspiró Trace, volviéndose hacia la puerta-. Un momento.

-¿Qué?

-No me has dicho qué te ha contado Ramón. ¿Te ha dicho dónde estaba?

-No.

-¿Te ha dicho cuándo piensa volver? ¿O de dónde sacó los diamantes? ¿O por qué estuvo a punto de descerebrarme?

-No he podido preguntarle. Decía cosas... sin sentido.

-¿A qué te refieres?

-Mira, estoy tan cansada que apenas puedo pensar. Te lo contaré mañana.

-Chloe, espera...

Pero Chloe ya había cerrado la puerta.

Trace masculló una palabrota. Estaba seguro de que le escondía algo. Le habría gustado golpear la puerta para exigir respuestas, pero sabía cuál sería su reacción.

De modo que lo mejor sería marcharse y confiar en que Viper fuese a hacerle compañía... o quedarse en el coche y vigilarla él mismo.

Con un poco de suerte, encontraría algo de regaliz en la guantera, pensó. Iba a ser una noche muy larga.

Al día siguiente. Trace no podía dejar de mirar el reloj. Eran las cuatro y Chloe no había aparecido por el Café Romeo.

Él era un hombre paciente. Incluso muy paciente. Por ejemplo, en su plan para encontrar la esposa perfecta.

La búsqueda podía ser lenta, pero con su método estaba prácticamente garantizado que encontraría a la mujer de su vida. Nada de romances locos, nada de prisas. Antes de casarse habría calibrado los pros y los contras de todas las candidatas.

Pero incluso un hombre paciente puede impacientarse. Especialmente uno que se ha pasado toda la noche en el asiento de un coche. Todavía le dolía el cuello.

Al menos, no había visto a nadie intentando entrar en la casa. Y lo mejor era que Chloe no lo había descubierto. Pero no había llamado a Viper, la traidora.

A lo mejor tampoco pensaba ir al Café Romeo. Debería haber exigido respuestas cuando tuvo oportunidad, pensó.

Trace cerró los ojos, recordando el momento en que estaban acariciándose, como perdidos en un mundo que sólo les pertenecía a ellos... hasta que Ramón llamó por teléfono. Recordaba los labios de Chloe, tan invitadores, tan generosos. Afortunadamente, ella prácticamente lo había echado de casa.

No podía arriesgarse más, se dijo. Aquel lío con Chloe había retrasado su cita con Heidi y Evonne, las siguientes candidatas en su lista. Por quienes no tenía el menor entusiasmo.

Y tampoco había llamado a la policía para hablarle de los diamantes.

El recuerdo de su voz lo alteraba: «Iré al Café Romeo después de comer». Trace dejó caer la tabla que estaba lijando. Era las tres y Chloe no había aparecido.

Si fuera listo se alegraría. Pero no podía concentrarse en otra cosa. Había medido la tabla tres veces.

De repente se levantó la lona que separaba la antigua pizzería del café, haciendo que los planos que había sobre una silla salieran volando. Chloe entró como un soplo de aire fresco, con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios.

-Siento llegar tarde. He comido en Julio's. Tienen la mejor comida mexicana de la ciudad.

-No me gusta la comida mexicana.

-Ah, es verdad -dijo ella, guardando las gafas de sol en el bolso. Era como si lo de la noche anterior no hubiese ocurrido nunca-. Bueno, el caso es que había un atasco tremendo.

-No pasa nada -dijo Trace.

-¿Dónde está Madame Sophie?

-Un payaso la ha invitado a merendar.

-¿Un payaso?

-Es un auténtico bufón y...

-Eres increíble. Ningún otro hombre es tan alto como tú, ni tan guapo, ni tan listo... ¡Puede que no todos tengan esos ojos de color zafiro que hacen que a una le tiemblen las piernas, pero eso no significa que los demás hombres sean unos payasos!

Trace se cruzó de brazos.

-Mi tía se ha ido a merendar con Bozo, un payaso con el que solía trabajar por las ferias.

Chloe se aclaró la garganta, avergonzada.

-Ah, perdón.

-¿Y qué era eso de mis ojos azules?

-Nada, nada, me refería a... Paúl Newman.

-Ya, bueno. Tenemos que hablar.

-Desde luego que sí -suspiró Chloe, sacando un cuaderno de diseño-. Aquí están los dibujos preliminares. Como ves, he elegido líneas simples y tonos claros. A Madame Sophie le gustó mucho, pero si quieres cambiar...

-Hay algo que deberías saber -la interrumpió Trace.

-¿Qué?

-No quiero hablar de tus diseños. Quiero hablar de tu hermano.

-Yo prefiero hablar de esto. ¿Qué te parecen los focos laterales?

-¿Perdona?

-Son más caros, desde luego, pero la iluminación ambiental es importante, especialmente para un café tan especial como el Romeo. ¿No te gustan estos focos?

-No me gusta que cambies de tema. Quiero saber para qué te llamó Ramón, quiero que me cuentes toda la conversación, palabra por palabra.

Chloe cerró el cuaderno.

-Soy una profesional. Trace. No hablo de temas personales durante las horas de trabajo.

- ¡Otra vez estás cambiando de tema!

-Quizá debería volver cuando estuviese Madame Sophie.

-No vas a ir a ninguna parte hasta que me digas lo qué quiero saber -replicó Trace, mostrándole un periódico-. ¿Has leído el artículo de la portada?

Chloe lo miró por encima:

Robo de diamantes en la joyería Choice. La policía busca al culpable.

-Si pedimos las telas antes del jueves me harían un considerable descuento.

-Si tu hermano se entrega ahora, la condena sería más suave. ¿Dónde está, Chloe?

Ella sacó una tarjeta del bolso.

-Por favor, dile a tu tía que me llame cuando le sea posible.

-Chloe... creo que merezco saber la verdad.

La lona volvió a levantarse entonces, pero ninguno de los dos se molestó en mirar. Estaban demasiado ocupados mirándose el uno al otro.

-¿La verdad? La verdad es que yo no acepto órdenes de nadie. Trace. Especialmente de un hombre. Así que puedes tomar tus órdenes y me-tértelas donde te quepan.

-Oye, mira...

-Parece que tenemos público -dijo ella entonces.

Nina y Jake estaban observándolos atentamente.

-Ah, hola. Chloe, te presento a mi hermano Jake y a su prometida. Nina. Pero pueden esperar hasta que solucionemos esto.

-Ya está solucionado. Ramón es mi problema, no el tuyo. Hazte a la idea de que no ha pasado nada. Es más, hazte a la idea de que no nos conocemos.

-Se supone que estamos saliendo -protestó Trace-. Nuestro amor está escrito en los posos del café, ¿recuerdas?

-Los posos del café sólo sirven para tirarlos a la basura, así que... hemos cortado. Mira, incluso tenemos testigos.

-¿Y si yo no estoy dispuesto a cortar?

-Pues vete disponiendo -replicó ella-. Adiós, Trace. Ha sido divertido, pero no tenemos nada que ver. A ti te gusta el ketchup y a mí la salsa mexicana.

A él nunca le habían gustado las cosas picantes, hasta...

-Buenas tardes -se despidió Chloe.

Trace la vio salir sin poder hacer nada. Quizá era lo mejor. Se sentía atraído por ella, desde luego, pero no había futuro para su relación. Y no podía inmiscuirse en su vida cuando acababa de dejar claro que no quería saber nada de él.

-Hola, Trace -sonrió Jake, moviendo la mano delante de su cara.

-¿Qué?

-Esa era Chloe, evidentemente -sonrió Nina.

-Era, desde luego. En pasado. Ya habéis visto que hemos roto.

Jake soltó una carcajada.

-Lo hemos visto, hermanito.

-¿De qué te ríes?

-De nada -contestó Nina por él-. Pareces disgustado. Trace. ¿Quieres hablar de ello?

-No estoy disgustado. ¿Por qué iba a estarlo?

-Quizá porque Chloe es una chica guapísima y tú acabas de dejar que se te escape de las manos.

-¿Y qué iba a hacer? Además, ¿por qué iba a detenerla? Es una D'0nofrio, debería estar celebrándolo.

-Pues no pareces muy contento.

-Estoy encantado. Además, sólo hemos salido una vez y tengo suerte de estar vivo -replicó Trace-. Estoy contentísimo. De hecho, os invito a una cerveza en 0'Malley's.

-¿Ahora? -preguntó Jake, mirando el reloj.

-Ahora mismo. Podemos brindar por mi buena suerte. He tenido una cita con Chloe D'0nofrio y estoy vivo para contarlo.

Chloe estaba en 0'Malley's, mirando su taza de café: solo, sin azúcar. No se parecía nada al especial de Madame Sophie. Y ningún hombre se parecía a Trace Callahan.

Chloe lo observaba con el rabillo del ojo mientras hablaba con su hermano y su futura cuñada, unas mesas por delante. Él no la había visto y ella no pensaba llamar su atención. Le había dicho adiós una vez y no estaba segura de poder hacerlo dos veces.

Dejar a Trace era la única forma de estar a salvo. No podía contarle lo que le había dicho Ramón. El tonto de su hermano quería repartir los diamantes y había pensado que ella aceptaría el trato. Pero lo único que deseaba hacer era encerrarlo en una habitación hasta que recuperase el sentido común.

Chloe hizo una mueca al tomar un sorbo de café. Era tan amargo como sus sentimientos. Hasta la noche anterior, estaba convencida de que Ramón era inocente, que él no tenía nada que ver. Pero sabía lo de los diamantes. Y sabía que alguien había sacado la bolsa de su escondite.

Y quería que se los devolviera.

Una pena. Chloe levantó la cabeza para ver si Trace se había fijado en ella. Afortunadamente, estaba muy ocupado hablando con su hermano. Por un momento, admiró su camaradería. Los D'0nofrio se querían, pero había cierta tensión entre ellos. Nada sorprendente, cuando la mitad de ellos eran buscados por la justicia.

Pero no quería ni imaginar que su hermano acabase en la cárcel. Había intentado engañarlo por teléfono, convencerlo de que pensaba repartir los

diamantes. Entonces Ramón sugirió que se encontrasen a las once en el Dairy Wizard, una heladería abandonada en la carretera de Farmingham.

No sabía qué iba a hacer cuando llegase allí, pero tenía que ir. Ramón parecía muy raro por teléfono, casi desesperado. Dudaba que atendiese a razones, de modo que tenía que trazar un plan.

Y no le quedaba mucho tiempo; Después de dejar la propina en la mesa, Chloe salió por la puerta de atrás, segura de que Trace no la había visto.

Eran las cinco. En las horas que le quedaban tendría que encontrar la forma de convencer a su hermano, librarse de los diamantes y olvidar a Trace Callahan.

Por el momento, las tres cosas le parecían imposibles.

Capítulo 7

ALAS siete de la tarde. Trace se había resignado al hecho de que Chloe estaba fuera de su vida; Incluso celebró que llegase la pizza. Pero estaba medio cruda.

A las ocho, empezó a darle vueltas a la cabeza. Tomó dos antiácidos y tiró el resto de pizza a la basura. Luego se sentó en el sofá y miró los puntos de su dedo gordo.

A las nueve estaba que se subía por las paredes. Tenía que verla, hablar con ella, convencerla de que necesitaba su ayuda.

Su deseo de volver a verla era más que una atracción física. Evidentemente, Chloe no se daba cuenta de que estaba en serio peligro protegiendo a su hermano.

A las diez, sencillamente ya no podía aguantarlo.

Intentando distraerse, salió a dar una vuelta en el coche. Hacía calor, pero no demasiado, y olía a lluvia. Mientras conducía, vio un grupo de chicas jugando en la acera, una pareja de adolescentes, un viejo sentado en los escalones de su casa, acariciando la cabeza de su perro.

El sol se había puesto en aquél tranquilo barrio y Trace supo que debía tomar una decisión. Volver a su casa o ir en busca de Chloe. No la quería en su vida, por supuesto, pero necesitaba su ayuda. Especialmente porque se negaba a ver la realidad: que su hermano era un delincuente.

Trace detuvo el coche en un semáforo y miró alrededor. Si giraba a la derecha iría a su casa, si giraba a la izquierda, a casa de Chloe.

Se recordó a sí mismo que ella no quería volver a verlo, que la última vez que fue a su casa fue recibido con un cuchillo y luego golpeado en la cabeza con un perro de escayola. Sería mejor irse a casa. Más seguro.

Más aburrido.

Trace giró a la izquierda.

«¿Dónde están los hombres cuando una los necesita?», pensaba Chloe, mientras intentaba cambiar la rueda, incapaz de creer en su mala suerte. Entonces miró su reloj: llegaba tarde. Dejando el neumático pinchado sobre la acera, entró en el coche y arrancó a toda velocidad.

-Por favor, que no se haya ido -murmuró-. Espérame, Ramón. Espérame.

Afortunadamente, había poco tráfico y pudo abrirse paso fácilmente.

Entonces se le ocurrió algo: ¿Y si Ramón no la esperaba? ¿Y si llegaba demasiado tarde? Chloe pisó el acelerador… ochenta, noventa, cien.

No estaba acostumbrada a conducir a más velocidad de la permitida, pero aquella noche todo le daba igual. Sin embargo, cuando miró por el retrovisor se le encogió el corazón.

-Maldita sea -murmuró, pisando el freno-. Maldita sea, maldita sea.

El coche patrulla le dio las luces para que se detuviese a un lado de la carretera y Chloe obedeció. Y cuando vio que el policía se acercaba, bajó la ventanilla.

-Buenas noches, señor agente.

-Buenas noches, señorita. ¿Sabe que iba conduciendo a ciento veinte kilómetros por hora en una zona de setenta?

-Puedo explicárselo -empezó a decir Chloe. Pero no tenía tiempo para explicaciones. Ramón se habría ido cuando llegase a la antigua heladería y a saber qué sería capaz de hacer. ¿Y si no volvía a ponerse en contacto con ella? ¿Y si hacía alguna locura?

-¿Me enseña su permiso de conducir y los papeles del seguro?

Chloe abrió la guantera.

-Es que tengo… una emergencia familiar.

-¿Una emergencia médica?

-Aún no -contestó ella. Aunque estaba pensando en partirle la cara a su hermano.

-Chloe D'0nofrio -murmuró el policía-. ¿Es usted pariente de Louis D'0nofrio? ¿O Marco D'0nofrio, Ducky D'0nofrio?

-Pues... sí, la verdad es que sí.

El hombre dio un paso atrás.

-Por favor, salga del coche.

Chloe obedeció, con un nudo en la garganta. Había oído muchas historias de cómo reaccionaba la policía al oir el apellido D'0nofrio, pero no las había creído. Hasta aquel momento.

El agente miró con su linterna en el interior del coche y la obligó a abrir el maletero. Y mientras tanto, pasaban los minutos...

Por fin, la dejó ir, olvidando la multa... seguramente por la emoción de haberse encontrado con una D'0nofrio, familiar de famosos delincuentes.

Eran las once y cuarto cuando llegó a la antigua heladería. Había sido un sitio muy popular para los adolescentes de la zona en los años ochenta, pero en aquel momento era un local vacío y abandonado en una calle sin salida. Una de las farolas estaba rota y el solitario aparcamiento tenía un aspecto aterrador.

Chloe salió del coche y buscó entre las sombras, pero no vio a su hermano. No le gustaba nada estar allí sola, pero no podía marcharse hasta que apareciese Ramón. Si aparecía.

Mientras iba hacia la puerta de la heladería rozó sin querer un cubo de basura... y se llevó un susto de muerte cuando un gato negro saltó de él maullando como una fiera.

Entonces se dio cuenta de que, en verdad, estaba sola. Por la noche. En un aparcamiento solitario, en una calle sin salida.

Cuando llegó a la puerta vio una nota pegada al sucio cristal. Estaba arrancándola cuando vio una sombra con el rabillo del ojo.

Ramón.

Pero no era Ramón. El hombre que acababa de aparecer era más alto, más fuerte. Y estaba sangrando.

Era Trace Callaban.

Debería haber girado a la derecha. Trace sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se limpió la sangre del brazo.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí? -exclamó Chloe.

-¿No es evidente?

-Seguir a alguien va contra la ley.

-¿Seguirte? ¿Crees que estoy siguiéndote?

-Ah, claro, has venido por pura coincidencia, ¿no?

-A lo mejor quería un helado.

-Pues llegas diez años tarde. La heladería cerró en 1990. Además, parece que lo que necesitas no es un helado, sino una tirita. ¿Qué te ha pasado?

-Me ha arañado una gata.

-¿Y cómo sabes que era una gata?

-Porque actuaba de forma irracional, como alguien que yo me sé... ¿tienes idea de lo peligroso que es venir aquí sola?

-No estoy sola. Estás tú.

-Porque te he seguido.

-¿Lo ves? Estás siguiéndome.

-Pues deberías darle gracias a Dios.

-¿Desde cuándo me sigues?

-Fui a tu casa y te vi cambiando la rueda... por cierto, me quedé muy impresionado. No todas las mujeres sabrían cambiar una rueda.

-Tienes que salir de la cueva más a menudo, Trace -replicó Chloe, poniéndose en jarras-. Y muchas gracias por la ayuda, por cierto. Tardé veinte minutos en averiguar cómo funcionaba el maldito gato.

-Eres tú la que dice no necesitar a un hombre para nada -replicó él-. No me atreví a acercarme... sobre todo cuando vi que tenías una herramienta en la mano.

Lo que Chloe no sabía era que había tenido que hacer un esfuerzo para no salir del coche. Pero era mejor no decírselo. Además, no podía explicar qué hacía en un lugar desierto como aquel, a las afueras de St. Louis.

-Supongo que te daría un ataque de risa cuando me paró el policía.

-No, no me dio un ataque de risa. Ibas conduciendo como una loca... pensé que sólo las monjas conducían así.

-¿Cómo?

-Nada, déjalo. Me alegro de que te detuviera.

-Claro que me detuvo. Y gracias a él. Ramón se ha marchado.

-¿Ramón estaba aquí?

Chloe dejó escapar un suspiro.

-Para eso me llamó anoche. Quería que nos viésemos aquí a las once... para que le diese los diamantes. Y estaba muy raro.

-¿No está siempre raro?

-Ramón es nervioso, pero anoche estaba casi frenético.

-Yo también estaría frenético si hubiera perdido cien mil dólares en diamantes robados. Pero me habría quedado si mi hermana estuviera dispuesta a entregármelos. O al menos, habría dejado una nota.

-¿Una nota?

-Eso es. Igual que la que tú tienes escondida.

-No sé de qué estás hablando.

-Déjalo, D'0nofrio. No sabes mentir. Además, llevo vigilándote desde que dejaste el coche detrás de esos arbustos. ¿La nota es de Ramón?

-¿Y yo qué sé? -le espetó Chloe-. No he tenido tiempo de leerla.

-Pues vamos a leerla juntos. Ven, aquí hay luz.

-¿Porqué?

-¿Por qué qué?

-¿Por qué te importa lo que diga la nota? ¿Por qué me has seguido? ¿Por qué no te olvidas de mí?

-No puedo -suspiró Trace.

Era la verdad. No podía dejar de pensar en ella. Día y noche. Chloe D'0nofrio estaba en su cabeza a todas horas. Y, en aquel momento, llenaba todos sus sentidos. Olía su perfume, veía los puntitos dorados en sus ojos castaños...

En aquel momento deseaba besarla más que nada en el mundo. Pero no era ni el sitio ni el momento. Además, Chloe no confiaba en él.

-Enséñame la nota.

-Con una condición. Diga lo que diga la nota, yo tomo las decisiones. ¿De acuerdo?

Él abrió la boca para protestar... pero entonces sonó un disparo. La bala destrozó el escaparate de la vieja heladería. Trace tomó a Chloe por la cintura y la tiró al suelo.

Entonces sonó un segundo disparo; la bala pasó silbando sobre sus cabezas.

-Parece que a ese tipo no le caemos bien.

Chloe miró a Trace, pálida.

-Alguien está intentando matamos.

-Menos mal que no tiene puntería -murmuró él, tirando de un viejo banco para colocarlo a modo de barricada.

-Crees que es Ramón, ¿verdad? ¿Piensas que mi hermano me pegaría un tiro?

-Ahora mismo no pienso nada. Bueno, sí, estoy pensando cómo salir vivo de aquí.

-Escucha... -dijo Chloe entonces.

-No oigo nada.

-Pues eso. Creo que se ha ido.

-O a lo mejor está esperando que asomemos la cabeza para descerrajamos un tiro.

-Podemos correr hasta mi coche.

-Antes hay que apagar esa farola -asintió Trace-. Si no, seremos un objetivo demasiado fácil.

Chloe tomó una piedrecita del suelo.

-Voy a intentarlo.

-Deja que lo haga yo -dijo él, quitándole la piedra-. No vamos a estar aquí toda la noche.

-Muy bien. Callahan, esta es tu oportunidad para impresionarme. A ver si puedes romper la farola.

-¿Y si fallo?

-Entonces será mi turno.

Trace se puso de rodillas y lanzó la piedra.

No le dio a la farola.

-Está demasiado lejos. Además, no puedo tirar bien en esta posición...

-Deja de quejarte y apártate -lo interrumpió Chloe, poniéndose de rodillas. Tomó una piedra del suelo, levantó el brazo con la velocidad del rayo y...

La luz se apagó.

-No me lo puedo creer -murmuró Trace-. Qué suerte has tenido.

-Nada de suerte, guapo. Era del equipo de béisbol del instituto. Llegamos a los campeonatos nacionales.

-Y ahora me lo dices.

-Porque no me habías dado oportunidad. Como te has puesto en plan Pedro Picapiedra...

-Yabadabadú. Venga, Wilma, vámonos.

Un segundo después, corrían agachados hasta el Taurus rojo. Chloe abrió la puerta y se tiró de cabeza sobre el asiento. Trace hizo lo mismo... pero cayó sobre ella.

-No puedo respirar -protestó Chloe.

Él se incorporó para mirar por la ventanilla.

-No veo a...

-¡Agáchate!

Trace cayó sobre ella, tan blanda, tan suave... no se le ocurría ningún otra sitio donde quisiera estar en aquel momento. Chloe D'0nofrio era una chica liste y valiente. Y sexy como el demonio. La adrenalina empezaba a convertirse en otra cosa, en algo caliente que amenazaba con hacerlo perder la cabeza. Su corazón latía con fuerza inusitada y su cuerpo reaccionó... como era lógico que reaccionase.

-Bésame -murmuró Chloe.

-¿Qué?

-Bésame -insistió ella, tomando su cara entre las manos-. No me gusta tener miedo. Quiero sentir... otra cosa. Quiero sentirme viva. Bésame, Trace. Como si no quisieras parar nunca.

Trace, que era un caballero, obedeció. La besó durante largo rato, sin intención de parar. La devoró y ella le devolvió el beso con la misma intensidad, ferocidad casi. Por fin, un siglo después. Trace levantó la cabeza, suspirando. -Esto es absurdo. Estamos perdiendo el tiempo. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

-Tienes razón. Quítate de encima.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Pero consiguió maniobrar para sentarse frente al volante.

-Dame las llaves.

-No, yo conduciré -dijo Chloe-. Soy más bajita que tú y me será más fácil conducir agachando la cabeza.

En cuanto cambiaron de asiento, ella arrancó como una flecha.

-¿Nos está siguiendo?

-No veo a nadie, pero sigue pisando el acelerador -contestó Trace.

-¿Dónde vamos?

-A mi casa.

-De eso nada. El que nos ha disparado sólo tendría que mirar los papeles de tu coche para saber la dirección. Y tampoco creo que mi casa sea un sitio seguro.

-¿Qué tal si vamos a la comisaría? No podemos seguir jugando al gato y al ratón para siempre, Chloe. Alguien está intentando matamos.

Ella apretó el volante, pero no discutió.

-Quizá tengas razón. Quizá ha llegado la hora de ir a la policía.

Cuando llegaron al solitario aparcamiento de un supermercado, Chloe quitó la llave de contacto y sacó el móvil del bolso. Le seguían temblando las manos después del tiroteo. O por los efectos del beso de Trace. No estaba segura. Lo que sí sabía era que nadie la había besado así. Nunca.

Y eso la hacía sentir confusa, rara. Unas sensaciones a las que no estaba acostumbrada.

-¿A quién llamas? -preguntó Trace.

-A la policía.

-Departamento de policía de St. Louis -contestó una voz al otro lado del hilo.

-Quiero denunciar la desaparición de una persona.

-¿Su nombre, por favor?

-Chloe D'0nofrio. Mi hermano, Ramón D'0nofrio, ha desaparecido y creo que podría estar en peligro.

Oyó que Trace mascullaba algo, pero no le hizo caso.

-¿Es menor de edad?

-No, tiene veintidós años.

-¿Cuándo ha desaparecido, señorita?

-Hace cuarenta y ocho horas -dijo Chloe. Después, contestó un par de preguntas más antes de colgar.

-¿Y bien? -preguntó Trace.

-Quieren que vaya a la comisaría para presentar la denuncia.

-¿Y eso era lo que querías de la policía? ¿Presentar una denuncia por la desaparición de tu hermano? ¿Y qué pasa con el tipo que nos ha disparado? Ah, por cierto, también se te ha olvidado mencionar la bolsa de diamantes. Y el trabajo de decoración que un canalla hizo en tu casa.

-¡La nota! -exclamó Chloe entonces.

-¿Qué nota?

-La que había en la puerta de la heladería. Se me había olvidado por completo.

Nada sorprendente, considerando las circunstancias.

-¿Qué dice?

Al leerla, Chloe sintió un escalofrío:

El sábado, a la misma hora, en el mismo sitio. Trae la bolsa o no volverás a ver a Ramón.

-No tiene sentido -murmuró Trace-. Fue Ramón quien robó los diamantes.

-Hay alguien más involucrado -dijo Chloe-. Ramón no puede haberlo hecho solo.

-Y ahora su cómplice lo mantiene como rehén.

-Para que le dé los diamantes, claro. Sólo hay un problema.

-¿Sólo uno? -preguntó él, irónico.

-Muy bien, tenemos muchos problemas. Alguien nos ha disparado, han registrado mi casa, no podemos ir a la tuya. Ramón está en peligro y...

-¿Y?

-Y yo ya no tengo los diamantes -dijo Chloe entonces.

Trace se quedó mirándola con una sensación de vacío en el estómago.

-¿Que no tienes los diamantes? Por favor, dime que se los has entregado a la policía.

-No exactamente.

-No lo habrás vendido, ¿verdad?

-Claro que no. En veinticuatro horas no habría conseguido ni la mitad de su valor -contestó Chloe.

Trace la miró, perplejo.

-Entonces, ¿qué has hecho con ellos?

- Los he enviado por correo.

-¿Qué?

-Los envié por correo a la joyería. Pensé que si devolvía los diamantes, la policía abandonaría la investigación y Ramón no tendría problemas.

Trace se golpeó la cabeza contra el salpicadero, desesperado. Cuando pensaba que las cosas no podrían ir peor...

-No me lo puedo creer. Los has enviado por correo. ¿No se te ha ocurrido pensar que comprobarían las huellas dactilares? ¿Y que encontrarán las tuyas y las de Ramón? ¡Y las mías!

-Trace, estás hablando con una D'0nofrio. Nos ensañaron a borrar las huellas dactilares de los biberones -suspiró Chloe-. Los diamantes están limpios, te lo aseguro. Me puse unos guantes, los limpié todos con un paño y

los metí en otra bolsa. Y los envié en un sobre de esos con burbujas desde un buzón a cinco kilómetros de mi casa.

-Muy bien, podría funcionar... si algún cartero avaricioso no detecta los diamantes.

-No, no va a funcionar. Tenemos que recuperarlos -dijo Chloe entonces.

-Tendremos que hablar con la policía. En serio esta vez. Esto es un secuestro, por no hablar del intento de asesinato.

-Estamos hablando de los D'0nofrio -le recordó ella-. La policía no hará nada para encontrar a mi hermano. De hecho, intentarán implicar a Ramón en el tiroteo. ¿Y cómo vamos a explicar la nota sin hablar de los diamantes? No, tenemos que hacerlo solos.

-¿Tenemos?

Chloe respiró profundamente. Pero, ¿de qué se sorprendía? ¿Qué hombre en su sano juicio se presentaría voluntario para solucionar aquel desastre? Había sido estupendo tenerlo a su lado sobre todo, después de tantos años resolviendo sola los problemas de los D'0nofrio.

Pero era hora de poner los pies en el suelo.

-No, es verdad. Este es mi problema, no el tuyo. ¿Puedo dejarte en algún sitio seguro? ¿Podrías quedarte en casa de tu tía hasta que todo esto termine?

-¿Hasta que esto termine? Chloe, no te das cuenta de lo seria que es esta situación. Esto no va a terminar, va a explotar por algún lado.

-Muy bien, hasta que explote. Sé que no quieres que te pille la explosión y supongo que no querrás quedarte para recoger las piezas.

-¿Y tú cómo sabes lo que quiero?

Lo había preguntado en voz baja y Chloe sintió un escalofrío.

-Muy bien. ¿Qué es lo que quieres?

-No lo sé -suspiró Trace, pasándose una mano por el pelo-. Estoy confuso desde que nos conocimos. Lo único que sé es que no quiero que nos peguen un tiro. Y no quiero que intentes salvar a Ramón tú sola.

-Pues dudo que quieras descerrajar el buzón de la joyería. Es un delito.

-Desde luego que no. Tiene que haber otra forma -dijo él, pensativo.

-Por el momento... -empezó a decir Chloe, poniendo el coche en marcha.

-¿Dónde vamos?

-A un sitio seguro.

-¿Un hotel?

-No exactamente.

-¿Dónde vamos exactamente, Chloe?

-A la casa segura de los D'0nofrio. Llevan años usándola para esconderse cuando las cosas se ponen difíciles.

-Una casa segura. Increíble.

-Bueno, no es exactamente una casa.

-¿Qué es «exactamente»?

Chloe tomó la autopista A-70.

-Hace años, mi tío abuelo Paúl D'0nofrio compró una granja cerca de Grubville para criar ovejas. Era un negocio legal.

-Ah, increíble.

-Bueno, el caso es que esa granja se convirtió en el escondite de los infames D'0nofrio. Un tornado destrozó la granja en 1964 y mi tío volvió a la ciudad. Pero no vendió la finca, así que mi familia sigue usándola para sus oscuros propósitos.

-No me digas que vamos a dormir en un granero.

-Claro que no. El escondite es una cueva - sonrió Chloe-. Te sentirás como en casa, Pedro.

Capítulo 8

TRACE no podía creer lo que veían sus ojos. Chloe no había exagerado. El escondite de los D'0nofrio era una cueva. Más exactamente, una antigua despensa usada para guardar alimentos antes de que existiera la refrigeración y que parecía el sitio donde se escondía todo el mundo en *El Mago de Oz*

Chloe lo llevó hasta una vieja puerta de madera medio escondida entre un montón de arbustos y bajaron por una escalera de piedra. Afortunadamente, Trace podía permanecer de pie sin tener que agachar la cabeza.

-Esto es asombroso -murmuró, mirando alrededor.

El suelo, de tierra, estaba cubierto por una alfombra y las paredes parecían recién pintadas. Había un sofá con una funda de ganchillo y estanterías con latas de comida.

-Los D'0nofrio tienen esto preparado para cualquier eventualidad -explicó Chloe, señalando una puertecita-. Mi primo Leny hasta puso una bañera. Es fontanero.

-¿También es honrado?

-Casi todo el tiempo -contestó ella, quitándose los zapatos.

-¿Cansada?

-Mucho.

-Pero tenemos que tomar decisiones, Chloe.

-Lo sé. Supongo que estaba esperando encontrar a Ramón aquí y que la nota de rescate fuera una broma. Que todo volviera a la normalidad... pero eso no va a pasar, ¿verdad?

-No, cariño. Eso no va a pasar.

Ella dejó escapar un suspiro.

-No quiero pensar en nada esta noche. Me duele la cabeza. Vamos a hablar de otra cosa... hablemos de ti.

-¿De mí?

-Venga, cuéntame tus más oscuros secretos, Callahan. Es lo más justo, ya que tú conoces casi todos los secretos de la familia D'0nofrio.

-Ya te he hablado de mi pasado como delincuente juvenil. ¿Qué más quieres saber?

-Háblame de la lista -dijo Chloe, poniendo los pies sobre el sofá.

-¿La lista?

-Ramón me ha contado que tienes una lista de requisitos para encontrar a la mujer perfecta. ¿Es verdad?

-Yo no los llamaría requisitos. Sólo atributos que me resultan atractivos en una mujer.

Pero no mencionó los atributos que encontraba atractivos en aquel momento ninguno de los cuales estaba en la lista. Un cuerpazo, unos ojos brillantes, una boca que lo mareaba...

-¿Por ejemplo?

Trace se aclaró la garganta.

-La lealtad. Ser leal a la familia me parece muy importante.

-Ah, muy bien. Estamos de acuerdo.

-Y las faldas.

-¿Qué?

-Me gusta que las mujeres lleven falda. ¿Por qué esconden las piernas? Es una pena que el gobierno inventara esa ley.

Chloe arrugó el ceño.

-¿Qué ley?

-En 1923 se creó una ley según la cual las mujeres podían llevar pantalones.

-¿Sabes en qué año se creó esa ley?

Trace se encogió de hombros.

-Era una de las preguntas en un examen de Historia. Mi profesora era feminista.

-Pues debió influenciarte mucho -replicó ella, irónica.

-Yo sólo me acuerdo de que tenía unas piernas estupendas.

Chloe levantó los ojos al cielo.

-Así que la lealtad a la familia y las faldas son importantes para ti. ¿Qué más?

-Me gustaría que cocinase bien y que supiera limpiar.

-Claro. ¿Qué mujer no se emociona al ver una sartén y un plumero?

-¿Estás siendo sarcástica?

-Supongo que el sentido del humor no está en tu lista, ¿no?

-Pues sí. Quiero una esposa que sonría a menudo.

-Pero con tanto limpiar y tanto cocinar, ¿por qué va a sonreír?

-Porque tendrá una bonita casa, una familia, un marido que la mantendrá y solucionará todos los problemas.

-¿En qué siglo estamos? -lo interrumpió Chloe.

-Muy graciosa. No he dicho que no pueda tener una carrera o que no pueda hacer voluntariado si decide quedarse en casa para cuidar de los niños.

-Qué generoso. Pero me temo que una mujer así sólo la vas a encontrar en las películas de los años 50.

-Qué tontería.

-Espera un momento... Es eso, ¿no?

-No sé de qué estás hablando -murmuró Trace, sin mirarla.

-Hora de confesar, Callahan. Tu mujer ideal es como una de esas actrices en las películas en blanco y negro. Las que siempre tenían la casa como una patena y despedían a sus maridos con un beso.

-No digas...

-¡Es eso, es eso! Te has puesto colorado.

-Los hombres no se ponen colorados.

-¿Quién es tu favorita, Doris Day, Mary Tyier Moore, Shiriey Patridge?

-¿Shirley Patridge? ¿Tú estás loca? Esa mujer conducía un autobús psicodélico.

-Entonces, ¿quién?

-Vas a seguir dándome la lata hasta que te lo diga, ¿no?

-Quiero un nombre. Callahan. Y lo quiero ahora.

-Carol Brady.

-¿Carol Brady, de la familia Brady? -Chloe soltó una estruendosa carcajada-. ¡Es perfecta! Con sus vestiditos rosas, su sonrisa perenne y esa frase suya: «papá tiene razón, niños».

-Ríete todo lo que quieras. Pero una mujer como Carol Brady no es fácil de encontrar.

-Claro que no, porque ya no existen. ¿A qué edad decidiste casarte con ella, a los doce, a los veinticinco?

-Tenía once años -contestó Trace-. Y, para tu información, quería que mi padre se casara con ella. O alguien como ella.

-Porque tu madre os abandonó, claro -dijo Chloe entonces, poniéndose seria. -Algo así.

Por primera vez desde que conoció a Trace Callahan, supo que corría el riesgo de enamorarse de él. Era anticuado y no sabía nada sobre las mujeres, pero también era el hombre que se había puesto a su lado cuando las cosas empezaron a complicarse. No había denunciado a su hermano, no la abandonó a su suerte después del tiroteo... ni siquiera cuestionaba a su familia.

-Ahora te toca a ti -dijo Trace entonces.

-¿A mí?

-Tú sabes mi secreto sobre Carol Brady. Con eso podrías chantajearme. Y si no tengo munición del mismo calibre, estaré en tus manos.

Chloe tragó saliva. La cueva, de repente, le parecía mucho más pequeña. Y más caliente. La noche se alargaba frente a ella, oscura, íntima. Estaban solos. Completamente solos.

-Venga, dímelo.

-Tú conoces el escondite secreto de los D'0nofrio. Y, por cierto, eres la primera persona que viene aquí. Deberías sentirte halagado.

Trace negó con la cabeza.

-No estoy hablando de un secreto familiar, quiero un secreto tuyo. Algo que no le hayas contado a nadie.

Chloe suspiró. Toda su vida estaba llena de secretos. Cuando tu padre es un ladrón de joyas y tu madre una estafadora, aprendes a tener la boca cerrada. Pero Trace ya conocía los detalles de la familia D'0nofrio. Y quería algo más, algo que fuera sólo suyo.

-Hay una cosa que nunca le he contado a nadie.

-Hasta ahora -dijo él.

-Hasta ahora -repitió Chloe, pensativa-. Cuando tenía veinte años me enamoré locamente.

-Ya.

-Y un mes más tarde me escapé con mi novio.

-¿Qué?

-¿Tanto te sorprende? Yo no soy Carol Brady, pero tampoco estoy tan mal.

-Estás mucho mejor que Carol Brady -murmuró Trace.

-¿Quieres oír el resto del secreto o no?

-Sí, pero ahórrame los detalles de la luna de miel.

-No hubo luna de miel porque no hubo boda. Se me había olvidado contarle a mi amor la verdad sobre los D'0nofrio, pero no quería que hubiese secretos en nuestro matrimonio, así que se lo conté justo antes de la boda.

-¿Y cómo se lo tomó?

-Bien. Hasta que llegamos a la iglesia. Entonces le entró pánico... o quizá se vio a sí mismo con los pies metidos en un barril de cemento. Intenté explicarle que aunque tuviéramos un apellido italiano no éramos de la Mafia, pero para entonces iba corriendo como alma que lleva el diablo, así que creo que no me oyera.

-¡Qué imbécil!

-No, fue culpa mía por no contárselo antes. Á él no le interesaba *La familia Brady,* pero tampoco le interesaba *El Padrino.*

-De todas formas, él se lo perdió.

Chloe levantó la mirada, sorprendida por su vehemencia.

-Gracias. Creo que es lo más agradable que me has dicho hasta ahora.

-Te digo cosas bonitas todo el tiempo.

-¿A mí? ¿Cuándo? ¿Qué?

-Pues... que te quedan muy bien las faldas.

-No me lo habías dicho.

-Te lo digo ahora.

-Eres imposible.

Pero no estaba enfadada con él, todo lo contrario. Cada vez le gustaba más.

Y ese era un secreto que pensaba guardarse para sí misma.

Trace contuvo el aliento cuando Chloe cerró los ojos. Estaba dormida. Por fin. Durante las últimas horas había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tomarla en sus brazos, para no mirarla como si fuera un postre y él un hombre hambriento. Ahora podía mirarla a placer, tumbada en el sofá, con la carita sobre las manos.

Levantándose sin hacer ruido, la arropó con una manta. Por primera vez en su vida envidiaba a una manta. Quería estar encima de ella, manteniéndola calentita... entre otras cosas.

Trace se pasó una mano por la cara. Nunca había deseado tanto a una mujer. Especialmente a una mujer con la que no tenía nada en común.

¿Qué tenía Chloe D'0nofrio que tanto lo atraía?

Sabía que era más que deseo. Había experimentado atracción física antes, aunque nunca tan intensa. Sólo tenía que mirarla, rozarla y perdía la cabeza. Cualquier hombre reconocería que Chloe era una mujer espectacular, pero era algo más que unas curvas y unas piernas de escándalo. Era una chica inteligente, ingeniosa, original, compasiva y vulnerable.

Ninguna de esas cualidades estaba en su lista. ¿Cómo podía valorar más una falda que el sentido del humor? ¿Cómo podía valorar más una Sonrisa que la inteligencia? ¿El vacío por encima del amor?

Trace se quedó parado.

¿El amor? Claro que no. Imposible. Ridículo. Él no podía amar a alguien como Chloe D'0nofrio. Era una chica maravillosa, pero la mujer equivocada para un hombre como él. Trace sabía que uno no sólo se casa con la mujer, sino con toda la familia. Y la idea de tener a Ramón como cuñado era sencillamente insoportable.

Suspirando, se dejó caer en un sillón y enterró la cara entre las manos. Estaba agotado, de modo que no era el mejor momento para contemplar el futuro.

Especialmente con Chloe tan cerca.

Entonces levantó la cabeza para mirarla, sabiendo que no volvería a verla así. Memorizó sus largas pestañas, la sombra que prestaban a sus mejillas, escuchó el sonido de su respiración.

En aquel momento podía creer que Chloe era suya para siempre. Podía soñar con verla dormida cada noche, con despertar a su lado cada mañana.

Al día siguiente la habría perdido. Porque al día siguiente pensaba denunciar a Ramón a la policía.

Trace se despertó con un brazo dormido. Parpadeó un par de veces para orientarse y entonces recordó. Estaba en una cueva con Chloe D'0nofrio. El

fluorescente que colgaba del techo proporcionaba luz al habitáculo, pero ella no estaba por ninguna parte.

La puerta crujió entonces.

-¿Chloe?

-Buenos días, dormilón.

-¿Dónde has estado?

-No me apetecía una lata de tomate frito como desayuno, así que he ido a la compra. La tienda de Sully está a dos kilómetros de aquí.

-Pensé que estábamos de incógnito.

Chloe se encogió de hombros.

-No creo que el viejo Sully fuera quien nos tiroteó anoche. Además, me gusta vivir a tope.

-Cuéntamelo a mí.

-¿Siempre estás tan alegre por las mañanas?

-Es que no he dormido bien.

-Deberías haber dormido en el sofá, conmigo. Había mucho sitio.

Trace se aclaró la garganta. Si se hubiera acostado con Chloe en el sofá tampoco habría podido dormir. Pero eso no pensaba decírselo.

-¿Qué hay de desayuno?

-Elige -dijo ella, señalando las bolsas-, Donuts, pasteles de fresa, Coca-Cola, galletas de chocolate...

-¿Llamas a eso desayuno?

-Todos los días -contestó Chloe, abriendo una Coca-Cola.

-¿No hay zumo de naranja o cereales?

-Lo siento, cariño. Hoy es el día libre de la criada. Pero te he traído el periódico.

-Muy graciosa -suspiró Trace, sentándose en el sillón.

Acababa de dar el primer mordisco al donut cuando un titular llamó su atención. Se atragantó, el trozo de donut atascado en su garganta.

-Toma, bebe un poco -dijo Chloe, ofreciéndole su bebida.

Él tomó un trago y respiró profundamente.

-¿Te encuentras bien?

-No -murmuró Trace, mostrándole el periódico-, No estoy nada bien. De hecho, mi vida acaba de tomar un rumbo inesperado.

Chloe tomó el periódico: *Se busca sospechoso por atraco a joyería...*

- ¡ Están buscando a Ramón!

-¿Ramón? ¡Creen que el sospechoso soy yo!

-¿Tú?

-Lee el primer párrafo.

Ella volvió a tomar el periódico.

Se busca a Trace J. Callahan para interrogarlo sobre el reciente atraco a la joyería Choice. Callahan fue visto por última vez el martes y anoche encontraron su coche en la carretera de Farmingham, cerca de una heladería abandonada. Fuentes de la policía dicen haber hallado un rubí de gran valor en la guantera. El rubí ha sido identificado como una de las piezas robadas en la joyería...

-¿Un rubí? -exclamó Chloe-. En el último artículo no decían nada de un rubí.

-A veces se guardan información para poner nervioso al sospechoso y obligarlo a confesar.

-¿Y tú cómo lo sabes?

-He tenido mis roces con la policía, ya sabes.

Chloe se dejó caer en el sofá.

-El ladrón debió dejar el rubí en tu coche.

-¿El ladrón?

-Claro. No pensarás que fue mi hermano, ¿verdad?

-¿Cómo puedes estar tan segura?

-Odio admitirlo, pero mi hermano no es tan listo.

-Pero tampoco es inocente. Ramón es quien preparó el encuentro de anoche, Chloe. Sabe lo de los diamantes y quiere recuperarlos.

-No puedo creer que haya atracado una joyería... pero tengo mis dudas, la verdad. En lugar de cuentos para niños, mi padre solía contamos sus robos más espectaculares y todos terminaban felizmente. Ramón se quedaba extasiado.

¿Les contaba eso por las noches? Vivir con los D'0nofrio debió ser tremendo, pero que encima su padre convirtiera los robos en *Caperucita...* eso era un crimen.

Chloe había perdido parte de su infancia y seguía intentando reunir las piezas. Era una mujer asombrosa. Con todos sus problemas familiares, consiguió hacer una carrera y abrir su propio negocio. La tentación de unirse a los D'0nofrio para ganar dinero rápidamente debió ser muy grande, pero resistió.

Chloe D'0nofrio era una mujer admirable. Pero se engañaba a sí misma si creía que Ramón no tenía nada que ver con el robo de la joyería.

-Piénsalo, Trace. Tú conoces a mi hermano. ¿De verdad crees que podría hacer algo tan diabólico? ¿Crees que te haría pasar a ti por el ladrón, que se haría pasar por un rehén para recuperar los diamantes? ¿Que dispararía a su propia hermana?

-Pero no te dio.

-Además, le dan miedo las pistolas.

-Si Ramón no tiene nada que ver, ¿quién ha sido?

-No lo sé. Sólo sé que si mi hermano está implicado en esto, a mi madre no le darán la libertad condicional.

-¿Por qué no?

-Porque el apellido D'0nofrio volvería a salir en los periódicos. Otra vez. Y sin duda los periodistas volverían a sacar toda la basura del pasado. ¿Qué juez le daría la condicional a una D'0nofrio?

Seguramente tenía razón. Los jueces eran elegidos por su habilidad para combatir el crimen. Especialmente, a los delincuentes habituales como la madre de Chloe. Las posibilidades de que le dieran la condicional a la señora D'0nofrio serían nulas si se publicaba que su hijo había atracado una joyería.

-Puedes inventar todas las excusas que quieras para Ramón, pero no puedes protegerlo tanto o nunca aprenderá a buscarse la vida.

- ¡Irá en la cárcel si no hago algo!

-Eres tú quien está en la cárcel -replicó Trace-, Atrapada por tu hermano, por tu madre y por todos los D'0nofrio. No puedes ser su conciencia para siempre, Chloe. Tienes que cuidar de ti misma, pensar en ti misma.

Ella tragó saliva.

-Es posible. Pero si dejo que Ramón vaya a la cárcel...

-¿Qué?

-Me quedaré sola.

Trace apretó su mano.

-No estás sola, tonta.

-Gracias, Pedro. Retiro todo lo que he dicho de ti.

-¿Qué has dicho?

-Que eras cabezota, bruto, machista... Es verdad, pero siento haberlo dicho en voz alta. Además, debería haber incluido tus virtudes.

-Ah, ¿tengo virtudes?

-Claro que sí. Eres guapo, serio, honesto, listo. Y muy sereno, considerando las circunstancias.

.-No sé si estoy soñando.

No podía dejar de mirarla a los ojos, que eran de color chocolate derretido. Todo en ella era delicioso. Y cuando miró sus labios. Trace supo exactamente qué quería para desayunar.

-¿Por qué lo dices?

-Porque no puedo pensar en otra cosa que no sea besarte.

Trace inclinó la cabeza para buscar esos labios que tanto deseaba. Después de una noche negándoselos, los disfrutó como un sediento.

Sabían de maravilla. La abrazó entonces, maravillándose de la suavidad de su cuerpo. Mientras Chloe enredaba los brazos alrededor de su cuello, él acariciaba sus caderas, sus pechos.

Chloe dejó escapar un gemido que lo volvió loco. Entonces se dio cuenta de que estaba desabrochando su camisa. Cuando sintió su mano rozando el vello de su pecho pensó que no podría soportarlo. Quería a Chloe en el sofá. Debajo de él, encima de él, al lado de él, daba igual. Mientras lo estuviera tocando, mientras estuvieran juntos...

Sólo un paso más y los sueños eróticos que había tenido desde que la conoció se convertirían en realidad.

Pero entonces se abrió la puerta de la cueva y Trace oyó una voz que había oído en sus pesadillas.

- ¡Aparta tus sucias manos de mi hermana, Callahan!

Capítulo 9

CHLOE se levantó, ligeramente mareada por la intensidad del beso.
-¡Ramón!
Su hermano se acercó, cojeando.

-¡He dicho que le quites las manos de encima!

-¿Qué te ha pasado? -exclamó Chloe, tomándolo por los hombros para comprobar si se había roto algo, si había sangre...

-Ay, me has arañado.

-Siéntate y cuéntanos qué te ha pasado -dijo ella, llevándolo al sofá, todavía con el corazón acelerado.

Su hermano siempre aparecía en el peor momento, desde luego.

Ramón hizo una mueca de dolor mientras se dejaba caer en el sofá, con expresión agotada.

-No puedo creer que haya llegado vivo hasta aquí.

Trace, mientras tanto, estaba abrochándose la camisa discretamente.

-Si no nos das alguna respuesta, puede que no sigas vivo mucho tiempo.

-¿Yo? Soy yo quien debería exigir explicaciones. Por ejemplo, ¿qué estabas haciendo con mi hermana?

-Creo que es evidente.

-Yo creo que es asqueroso -dijo Ramón-. Te dije que te apartaras de él, Chloe. ¡Nunca me haces caso!

-Ahora te hago caso -replicó ella, en jarras-. Y ya me estás contando qué ha pasado. ¿Quién robó los diamantes? ¿Quién golpeó a Trace en la cabeza? ¿Quién nos disparó anoche?

Ramón se pasó una mano por la frente.

-Tengo un horrible dolor de cabeza. Y me estás gritando.

Chloe respiró profundamente, intentando calmarse. Desde que conoció a Trace Callaban, su vida y sus emociones parecían estar fuera de control. Si Ramón no hubiese aparecido en el momento menos adecuado, habría terminado revolcándose con Trace. Pero su vida amorosa... o su falta de ella, no era lo importante en aquel momento.

-Siento haberte gritado. ¿Quieres una Coca-Cola o algo de comer?

Ramón levantó sus ojos de cachorro.

-¿Tienes galletas de crema?

-No, pero puedo ir a la tienda de Sully...

-Nadie irá a ninguna parte -la interrumpió Trace-. Ramón, por una vez en tu vida, actúa como un hombre.

-Trace, está herido.

Ramón hizo una mueca.

-Nunca le he caído bien.

-Pero tu hermana sí me cae bien. Y está muy preocupada por ti. Así que deja de pensar en ti mismo y, para variar, piensa en ella.

-Sólo puedo pensar en ti y en ella... Cuando os he visto juntos...

-No ha pasado nada -dijo Chloe.

-Ah, menos mal -suspiró Ramón-. Hala, ya puedes irte. Yo cuidaré de mi hermana.

Trace no se movió.

-Si no te importa, creo que me quedaré un rato.

-¿Y si me importa? -preguntó Ramón, haciéndose el gallito.

-Me encantaría discutirlo fuera.

-Bueno, entonces dejaré que te quedes.

-Vaya, gracias.

Ramón hizo una mueca de dolor mientras colocaba la pierna sobre la mesa.

-¿Hay un poco de hielo?

-No -contestó Chloe, inclinándose para levantar la pernera del pantalón-. ¿Qué te ha pasado?

-Me torcí el tobillo intentando escapar.

-¿De tus secuestradores?

-¿Secuestradores? ¿Qué secuestradores?

-Pero la nota de rescate... ¿Estás diciendo que nadie te ha retenido contra tu voluntad?

-Claro que no. Estaba en el motel Pine Cone y me quedé encerrado en el baño toda la noche. Por la mañana logré salir por la ventana... pero estaba a tres metros del suelo.

Chloe se incorporó, atónita.

-¿Y qué hacías en ese motel?

Ramón vaciló.

-No te va a gustar.

-Cuéntalo de todas formas -suspiró Trace-. Estamos acostumbrados a las malas noticias.

-He vuelto con Nanette. Su hermana se quedó boquiabierta.

-¿Nanette Twigg? Pensé que estaba en Florida.

-Estaba. Pero no podía alejarse del amor de su vida.

Trace arqueó una ceja.

-¿Y quién es ese hombre?

-Yo-contestó Ramón. Chloe sacudió la cabeza.

-Nanette no es la mujer de tu vida, Ramón.

-Y Trace Callahan tampoco es el hombre de la tuya.

- ¡Ella ha estado en la cárcel!

-Y él también.

-Nanette estuvo en la cárcel por intento de asesinato.

-Nadie es perfecto. Además, la condena fue desestimada por un defecto de forma.

Chloe levantó los brazos al cielo.

-¡Eso no significa que no sea culpable! Sólo que alguien cometió un error.

-Nan se merece un poco de suerte -suspiró Ramón-. Ha tenido una vida muy dura y su ultimó marido le hizo la vida imposible.

-¿Por eso le puso veneno en los cereales?

-No se los comió -dijo Ramón-. Decía que estaban muy blandos. Nan dice que nunca le gustaban sus comidas...

-Por suerte para él -lo interrumpió Trace-. Ramón, es hora de que pienses con la cabeza y no con...

-Yo creo que será mejor empezar por el principio -lo interrumpió a su vez Chloe-. ¿Cuándo atracaste la joyería?

-Lamento decirlo, pero no fui yo. Fue Nanette -suspiró Ramón.

-¿Nanette?

-Si Nanette robó los diamantes, ¿cómo terminaron en tu casa? -preguntó Trace.

-Ella los escondió allí. Pero yo no lo sabía. Apareció en mi casa hace unos días y me dijo que quería volver conmigo... debió esconderlos mientras yo subía a cambiarme.

-Ramón sólo estaba usándote. ¿No te das cuenta?

-Deja que cuente toda la historia, Chloe.

-Nanette me quiere de verdad -insistió Ramón-. De hecho, es culpa mía que robase los diamantes. En realidad... fue idea mía. Era mi plan. Nos escribíamos cartas sobre eso cuando estaba en la cárcel. Supongo que intentaba impresionarla, pero no quería hacerlo de verdad. Después de todo, le habían echado de quince a veinte años. Pensé que para cuando saliera de la cárcel se habría olvidado del asunto.

-Pero salió antes de lo esperado.

-Eso es.

-¿Fue ella quien golpeó a Trace?

Ramón asintió.

-Volvió esa noche y le dije que el imbécil que me había despedido estaba en el salón.

-¿Eh?

-Bueno, es que entonces estaba muy enfadado.

-Sigue - suspiró Chloe.

-Cuando Nan vio a Trace mirando debajo de la escalera... no pude detenerla. Tomó el chihuahua y le dio con él en la cabeza.

-La mato -murmuró Chloe.

-Yo también me disgusté. Rompió la oreja de mi chihuahua.

-A mi cabeza tampoco le sentó muy bien - intervino Trace-. Pero sigue con tu historia.

-Bueno, cuando te vi tumbado en el suelo me asusté... es que parecías tan muerto. Así que salí corriendo.

-Pero no sin antes robarme la cartera.

-Nan dijo que nos vendría bien. Especialmente si teníamos que huir del país.

-Ramón... -murmuró Chloe, desesperada.

-Lo sé, lo sé. Pero ya sabes que no se me dan bien las crisis. Y Nanette estaba histérica. Fue entonces cuando me contó lo de los diamantes. Estábamos en el motel y una cosa llevó a la otra...

-Creo que puedes ahorrarte esa parte.

-El caso es que me quedé dormido. Más tarde me enteré de que Nanette había vuelto a casa a buscar los diamantes y no pudo encontrarlos.

-¿Y tenía que destrozar la casa entera?

Ramón se encogió de hombros.

-Supongo que le entró miedo. Para entonces estaba medio paranoica. Incluso le preocupaban las cartas que me había escrito desde la cárcel. Le

dije que las había guardado todas…

-¿Podrían implicarla en el robo? -preguntó Trace.

-Sí, supongo que sí. Hacíamos planes muy detallados y en una de sus cartas incluso sugirió que la joyería Choice era la más indicada.

-Ahora entiendo que tu habitación estuviera patas arriba -suspiró Chloe-. Estaba buscando esas cartas, además de los diamantes.

-Yo sólo sé que Nanette volvió al motel con las manos vacías. Estaba fuera de sí y sólo pude calmarla llamándote por teléfono.

-¿Y luego qué pasó?

-Nos fuimos a la cama. A la mañana siguiente, Nanette salió a comprar el desayuno y yo entré en el baño…

-Y…

-Y me quedé encerrado. Nanette no volvió y yo tuve que quedarme encerrado hasta esta mañana.

-¿Por qué has venido a la cueva?

-Pensé que ella estaría aquí.

-¿Le has hablado a Nanette del escondite? Este es un secreto de la familia. Ramón. ¿Cómo has podido contárselo?

El hizo una mueca.

-Porque tenía que esconderse. Además, ¿qué hace Callahan aquí si esto es un secreto de familia?

-Eso es diferente.

-¿Porqué?

«Porque estoy enamorada de él». Pero Chloe no dijo eso en voz alta. Ramón también creía estar enamorado de Nanette. Y quizá ambos estaban equivocados.

-Es que… bueno, el caso es que Nanette no está aquí.

-Entonces, ¿dónde está? Tengo que encontrarla. Estoy preocupado por ella.

-La policía encontrará a Nanette, Ramón. Y deberías preocuparte por ti mismo, no por ella. Espero que no te acusen de ser su cómplice.

-La policía -murmuró Ramón, pálido.

-Eso es. Vamos a llevarte a la comisaría para que te entregues.

Trace se preparó para una pelea, pero Ramón no dijo nada. Casi parecía aliviado. Chloe, sin embargo, no lo estaba en absoluto.

-¿Qué? ¿No vamos a discutirlo antes?

-Muy bien, olvídate del «vamos». Voy a entregarte yo solo -dijo Trace.

-No puedo andar -protestó Ramón.

-No te preocupes, puedo sacarte en brazos de aquí.

-Puedo andar -dijo Ramón entonces, caminando con asombrosa velocidad hacia la escalera.

-Espera un momento -intervino Chloe-. Que estemos en una cueva no quiere decir que puedas volver a portarte como Pedro Picapiedra. Ramón aún no ha contestado a todas mis preguntas.

-Porque no sabe las respuestas. O no quiere admitir la verdad.

-Por Nanette.

-Menuda pieza.

Chloe sintió un escalofrío.

-No la conozco. Fue compañera de celda de mi madre durante unos meses… su primer y último intento de emparejar a nadie.

-Esas cosas es mejor dejárselas a los profesionales.

-¿Como Madame Sophie?

-Es posible -sonrió Trace.

Estaba preciosa. Desde luego, podría acostumbrarse a ver a Chloe D'0nofrio en la mesa del desayuno cada mañana. Pero no tenía intención de mirarla a través de las rejas de una prisión.

-Pero en este momento soy un hombre buscado por la policía.

-Y por más gente -dijo Chloe en voz baja.

Chloe iba en el asiento trasero del Taurus, intentando convencer a su hermano de que olvidase a Nanette. Una tarea ardua, si no imposible. Para su sorpresa. Trace no había dicho una sola palabra en los últimos veinte minutos. Desgraciadamente, Ramón tampoco.

Estaba mirando al infinito, con el brillo del martirio en los ojos mientras escuchaba su monserga.

El coche se detuvo y cuando Chloe miró por la ventanilla le sorprendió que estuvieran en su casa.

-¿Qué hacemos aquí? Pensé que íbamos a la comisaría.

-Será mejor cooperar con la policía. Si llevamos las cartas de Nanette como prueba. Ramón ganará algunos puntos.

-No quiero ganar puntos -replicó él-. Prefiero que me condenen por un delito que no he cometido. Debo salvar a Nanette.

Chloe tragó saliva. Debería haberlo sabido. Una de las historias favoritas de su hermano era la del tío abuelo Teddy, que vivía respetando las leyes... casi siempre. Un día conoció a Rose Thomton, una estafadora con más trucos que escrúpulos, y cuando la policía la detuvo, el tío Teddy se declaró culpable por ella. Fue el más grande romance de la familia D'0noirio. Y también la mayor ironía. El D'0noirio que fue condenado a más años de cárcel fue el único que no era culpable.

-Ramón, no puedes...

-¡Está aquí! -gritó su hermano entonces, saliendo del coche. Una tórrida rubia lo esperaba en el porche para darle un beso de tomillo.

-Esto no suena nada bien -murmuró Trace.

-Tenemos que hacer algo -dijo Chloe, observando atónita que el beso seguía, seguía, seguía...

-Muy bien, tú agarra a tu hermano, yo agarraré a la rubia.

-De eso nada, Pedro. Esa mujer tiene un par de buenas razones y sabe usarlas. Yo me encargo de ella, tú agarra a mi hermano.

-Eso es ridículo -protestó Trace-. Los pechos no ejercen ningún efecto en mí.

Chloe lo miró, sarcástica.

-¿Recuerdas la noche que nos conocimos? Casi te quedaste en coma. A veces un buen escote ejerce ese efecto en un hombre.

-No cualquier escote. Por si no lo sabes, Chloe, eres una mujer espectacular.

Cuando llegaron al porche, los amantes habían desaparecido.

-Ahora mismo me siento más asustada que espectacular, pero te lo agradezco de todas formas.

Trace se quedó mirando fijamente la blusa.

-Perdona, ¿has dicho algo?

-Muy gracioso. ¿Cuál es el plan?

-Nos llevaremos a los dos a la comisaría - contestó él, inclinándose para darle un beso en los labios-, Y luego seguiremos con lo que empezamos esta mañana.

En principio todo parecía muy fácil, pero cuando abrió la puerta se dio cuenta de que las cosas no iban a ser tan simples.

Trace se quedó mirando a la rubia de bote que tenía delante. Pero no eran sus pechos lo que llamaba su atención.

Era la pistola del calibre 38 que tenía en la mano.

-Tú debes de ser Nanette.

-No te muevas -le ordenó ella.

Una sola mirada le dijo que era una persona sin compasión. Nanette no era una mujer, era un bloque de hielo.

-Queremos los diamantes. ¿Verdad, Ramón?

El hermano de Chloe estaba detrás de ella, tragando saliva.

-Prometiste que nada de pistolas, cariño.

-No te acobardes ahora. Hemos ido demasiado lejos como para marchamos con las manos vacías.

-Olvídate de los diamantes -le imploró Ramón-. Nos tenemos el uno al otro. Nanette emitió una especie de bufido.

-Contigo me parto. ¿Esa es tu hermana?

-Sí. Nan, te presento a Chloe. Chloe, ella es Nanette Twigg.

Nanette lanzó sobre Chloe una mirada desdeñosa y luego miró a Trace con muy malas intenciones.

-No está mal. Tu hermana tiene buen gusto. Debe ser algo de familia.

-Gracias, cariño. ¿A que es guapa, Chloe?

Ella no se lo podía creer.

- ¡Tu novia nos está apuntando con una pistola!

-Soy su prometida -le informó Nanette.

-Vamos a casarnos en México -sonrió Ramón-. Tengo los billetes en mi habitación, si quieres verlos.

-¡Cállate! No podemos decirles dónde vamos. No podemos decírselo a nadie.

-¿Esa es forma de hablarle a tu prometido? - intervino Trace.

-Le hablo como me da la gana.

Ramón arrugó el ceño.

-¿Quieres decir que mi hermana no podrá venir a la boda?

-Menuda hermana. Tú mismo me has dicho que iban a llevarte a la comisaría.

-Fue idea de Trace. Yo pensaba ir a la cárcel por ti.

-No hace falta. Callahan irá por los dos.

Chloe contuvo el aliento.

-¿Qué quieres decir?

-Que tu hermano está preocupado por ti, guapa. No quiere que salgas con Callahan, así que me he encargado de ese problemilla.

-No te entiendo.

Trace no dejaba de mirar a Nanette.

«Eso es, Chloe, sigue hablando. Distráela».

-La policía le está buscando. Tardarán muy poco en encontrarlo y como encontraron el rubí en su coche...

-Entonces fuiste tú...

-Yo no sabía nada de esto -intervino Ramón-. Habíamos quedado en que no lo harías, cariño.

-Lo he hecho por ti, cielo. Querías a Callahan fuera de la película, ¿no?

-Sí, pero...

-Pues Callahan acabará entre rejas, tú no tendrás que preocuparte por tu hermana y yo no tendré que preocuparme por la policía.

-Tengo que pensar esto un momento.

-No hay nada que pensar -replicó Nanette-. He tirado la cartera de Callaban en el aparcamiento de la joyería para que tengan una prueba más. ¿No me dijiste que había estado en la cárcel?

-Sí, pero...

-Lo meterán entre rejas y nosotros viviremos felices para siempre en México.

-Estás olvidando una cosa -dijo Trace.

-¿Qué?

-Que no tienes los diamantes.

-Dámelos. Ahora mismo -le ordenó Nanette.

-Me encantaría, pero no los llevo encima.

-Voy a contar hasta tres, Callahan

-Olvídalo -intervino Chloe-. No los tendrás los diamantes y no tendrás a mi hermano. Prefiero verlo en la cárcel que con alguien como tú.

Trace tiró del brazo de Chloe para colocarla a sus espaldas. Había sido el segundo más largo de su vida. Nanette la apuntaba directamente al pecho...

- ¡No te muevas! -gritó la rubia.

-Muy bien. No nos moveremos.

-¡Quiero mis diamantes! Puede que fallase en la heladería, pero te garantizo que no fallaré a esta distancia.

Ramón se volvió hacia su novia.

-¿Fuiste tú? ¿Disparaste a mi hermana?

-Disparé... por encima de su cabeza. Sólo quería asustarla.

-¿Asustarla? ¿Por qué? Ella nunca te ha hecho nada.

Trace vio su oportunidad. Él no podía quitarle la pistola, pero quizá Ramón...

-Un hombre no deja que nadie amenace a su familia.

-¡Cállate! -le espetó Nanette.

-¿De verdad puedes querer a una mujer que amenaza a tu hermana, Ramón?

-Nanette es la chica de mis sueños. Pero esto es una pesadilla -murmuró él, confuso.

-Esto es la realidad. Nanette no te quiere, sólo está usándote. Abre los ojos de una vez.

Ramón miró a su novia y luego a su hermana. Y entonces, muy serio, alargó la mano.

-Dame la pistola, Nan.

-¿Estás loco? No le hagas caso, cielo. Está intentando engañarte. Tienes que confiar en mí, la única persona que te quiere de verdad.

-Se ha terminado, Nan.

-¡Se habrá terminado para ti! -gritó Nanette, apretando el gatillo.

Chloe lanzó un grito al ver que lo había alcanzado en el muslo. La sangre empapaba los vaqueros de su hermano que, por una vez en la vida, no había emitido un sólo gemido.

-Y ahora a lo mejor dejáis de hacer el tonto - dijo Nanette-. ¡Quiero esos diamantes y los quiero ahora!

Trace miró a Ramón, que se sujetaba el muslo con las dos manos. Y supo lo que estaba pensando.

-Muy bien. Te daré los diamantes.

-Por fin. ¿Dónde están?

-Los escondimos en el candelabro -improvisó Trace, mirando a Ramón con el rabillo del ojo.

Cuando Nanette levantó la mirada, Ramón se lanzó sobre ella para tirarla al suelo y Trace agarró la pistola.

-¡No te muevas!

- ¡Maldito seas! -gritó ella, histérica.

-Trace... -murmuró Chloe, sujetando a Ramón, que estaba inerte-. Creo que está muerto.

-No está muerto. Se ha desmayado... le pasó lo mismo el día que me cortó con la sierra.

-Por favor, no me hagan daño -empezó a gimotear Nanette-. No tengo los diamantes, de verdad. Por favor, no me hagan daño.

Trace arrugó el ceño. Quizá se había vuelto loca del todo...

Pero entonces notó una brisilla en la espalda. Alguien había abierto la puerta.

Cuando miró hacia atrás vio un policía en el porche, apuntándolos con una pistola.

-Tire el arma. Queda detenido.

Capítulo 10

POR qué no me cree? -Chloe estaba en la comisaría, prestando declaración-. ¡Trace Callahan no tiene los diamantes!

La sargento Clemens, una mujer de mediana edad con ojos azul cobalto, se cruzó de brazos.

-Señorita D'0nofrio, incluso usted tiene que admitir que su historia es increíble. ¿Diamantes bajo la escalera? ¿Un hombre asaltado por un chihuahua? Y no olvidemos los disparos en la heladería.

- ¡Todo es verdad! Pregúntele a Trace si no me cree a mí.

-Ya lo he hecho. Pero ahora me gustaría hacerle un par de peguntas más. . Chloe intentó controlarse. Llevaba dos horas contestando preguntas. Al menos, la sargento le había asegurado que Ramón estaba fuera de peligro, pero que debido a la sedación no podía declarar. Aunque la policía no prestaría mucha atención aun D'Onofrio.

Por eso esperaba que creyeran a Trace. Aunque dudaba que él quisiera dirigirle la palabra después de aquel escándalo.

-Cuando descubrió los diamantes bajo la escalera, ¿por qué no llamó a la policía?

Chloe tragó saliva.

-Temía involucrar a mi hermano. Quería encontrarlo primero y pedirle una explicación.

-¿Y no le preocupó ocultar pruebas?

-No... bueno sí. Trace quería que llevásemos los diamantes a la comisaría, pero yo lo convencí para que esperásemos.

-¿Eso fue antes o después de besarlo?

-¿Qué?

La sargento consultó sus notas.

-Según el señor Callahan, usted lo besó poco después de haber encontrado los diamantes en la escalera.

-No fue un beso... le estaba haciendo la respiración boca a boca.

-Ya veo.

-No, me parece que no lo ve -replicó Chloe-. Trace encontró los diamantes, alguien le golpeó en la cabeza y yo le hice el boca a boca. Pero eso no tiene nada que ver. ¿Esto qué es, una investigación policial o *Lo que el viento se llevó!*

-Sólo estoy intentando establecer la naturaleza de su relación,

-¿Cómo la ha descrito Trace?

-Prefiero ser yo quien haga las preguntas, señorita D'0nofrio.

-Somos amigos. Bueno, no somos amigos de verdad. La noche que encontró los diamantes era nuestra primera cita. Y era una cita falsa.

-¿Una cita falsa?

-Es un poco complicado de explicar.

-No me sorprende -suspiró la sargento.

-Todo empezó cuando conocí a Madame Sophie.

Chloe le contó lo de los posos del café y que estaban hechos el uno para el otro...

-¿Lo entiende? En realidad, es culpa mía. Soy yo quien ha metido a Trace en este follón.

La sargento Clemens la miró, pensativa.

-Sólo quiero hacerle una pregunta más, señorita D'0nofrio.

-Dígame.

-¿Está usted enamorada de Trace Callahan?

En aquella ocasión, Chloe no vaciló:

-Sí.

-Todo es culpa mía -estaba diciendo Trace durante la conclusión del segundo interrogatorio.

-¿Culpa suya? ¿Eso es una confesión? -preguntó la sargento Clemens.

-No. Ya le he dicho que quien robó los diamantes fue Nanette Twigg. Y también fue ella quien me golpeó en la cabeza, quien nos disparó en la heladería... y quien encerró a Ramón en el baño del motel.

-Sí, desde luego, su declaración tiene muchas inconsistencias.

-Es una mentirosa redomada. Mire cómo convenció a Ramón de que era la chica de sus sueños. El pobre pensaba haber encontrado al amor de su vida.

-A lo mejor era así. Trace negó con la cabeza.

-Nanette sólo le estaba usando. El amor es compromiso, es compartir sueños, esperanzas, pérdidas. Pero sobre todo es querer lo mejor para la persona que amas.

La sargento Clemens sonrió.

-Habla como un experto.

-Hace una semana no lo era, pero estoy en ello.

La puerta se abrió entonces.

-Sargento, acaban de llamar de la joyería Choice -dijo un joven agente-. Es increíble... dicen que han llegado los diamantes por correo.

La sargento Clemens se volvió hacia Trace.

-La señorita Twigg insiste en que los tienen ustedes.

-Pero ya le he dicho que Chloe los envió por correo hace unos días.

-Parece que tenían razón -suspiró la sargento, levantándose-. Creo que la propietaria del Café Romeo es su tía, ¿no?

-Así es -contestó Trace, confuso.

Clemens se aclaró la garganta.

-Me he divorciado hace poco y no es nada fácil conocer hombres decentes de mi edad. ¿Cree que Madame Sophie podría encontrar a mi alma gemela?

-Sí -contestó Trace, con la convicción de un converso-. Lo creo.

Dos semanas después, Chloe esperaba, nerviosa, que llegase él juez para determinar si su madre conseguía la libertad condicional. Había dejado

a Ramón en el hospital, donde estaba recuperándose de su herida de bala... y de sus problemas amorosos.

En aquella semana había visto un enorme cambio en él, una nueva madurez. Quizá porque siempre lo había tratado como si fuera un niño.

La policía aceptó no presentar cargos contra él a cambio de que ofreciese pruebas contra Nanette. Sorprendentemente, había sido idea de Ramón acudir al psicólogo y Chloe tenía la esperanza de que, por fin, pudiera llevar una vida normal.

En cuanto a Trace... sólo lo había visto brevemente cuando salieron de la comisaría. Le habría gustado echarse en sus brazos, pero él no parecía muy receptivo.

Ojalá lo hubiera hecho, pensó Chloe, porque fue la última vez que lo vio. Sabía que estaba trabajando a destajo para terminar las obras del Café Romeo, pero cada vez que aparecía por allí con nuevas telas o ideas para la decoración, él desaparecía convenientemente. Era evidente que estaba evitándola.

Habían hablado un par de veces por teléfono para comentar los planes de diseño del nuevo local, pero la conversación estaba llena de silencios.

Chloe suspiró. Era lo más lógico.

La puerta se abrió entonces y los tres miembros del tribunal entraron en la sala. Chloe estudió a los dos hombres y la mujer que iban a decidir el futuro

de su madre.

Eileen D'0nofrio entró un segundo después, con su abogado. Llevaba el pelo sujeto en un moño que la hacía parecer mayor. Y más seria.

-Creo que ya podemos empezar -dijo el juez.

Era un hombre mayor de pelo gris y gafas bifocales. La plaquita que había en su mesa decía Walter Sullivan. Los otros dos miembros del tribunal eran Edna Evans y Ricardo López.

Chloe tragó saliva cuando la asistente social se levantó para dar su informe. Era positivo en general, aunque había cierta preocupación sobre si Eileen encontraría trabajo, debido a su edad. Y el hecho de que su experiencia profesional consistiera en actividades ilegales era otro problema.

-¿Hay alguien presente en la sala que quiera ofrecer alguna información? -preguntó el juez.

-Yo -dijo Chloe, levantándose.

-Por favor, diga su nombre y su relación con Eileen D'0nofrio.

-Me llamo Chloe D'0nofrio y soy su hija.

-Siga, señorita D'0nofrio.

Ella carraspeó.

-Quiero asegurar al tribunal que haré todo lo posible para que mi madre encuentre un sitio en la sociedad.

-¿Tiene usted medios para mantener a su madre, señorita D'0nofrio?

-Pues... más o menos. Tengo mi propio negocio de decoración y estoy dispuesta a ayudarla a buscar trabajo.

Lo que no dijo era que había puesto en venta la casa para pagar el tratamiento de Ramón.

-¿Y tendrá tiempo de hacerlo mientras se encarga de su negocio?

-Buscaré tiempo -dijo Chloe-. Haré lo que tenga que hacer.

Ricardo López la miró de arriba abajo.

-¿Está usted casada, señorita D'0nofrio?

-No, soy soltera.

-¿Y vivir con su madre no será un problema para una mujer joven, que quiere salir y tener una vida social?

-No tengo vida social, así que eso no será un problema.

-Tengo entendido que es usted propietaria de una casa -dijo Edna Evans.

-Pues sí, pero he...

Antes de que pudiera terminar se abrieron las puertas de la sala y Madame Sophie hizo su aparición, la cola de su túnica de color rosa flotando tras ella.

Chloe parpadeó. ¿Qué hacía allí? Su corazón dio un vuelco al ver a Trace Callaban. El traje gris destacaba sus anchos hombros y la corbata azul zafiro hacía juego con sus ojos.

Estaba guapísimo.

Se negaba a creer lo peor, que había ido a sabotear la libertad condicional de su madre. No podía ser. No podía odiarla de tal forma.

¿Y Sophie? Tampoco ella debía estar muy contenta. Aunque, por su expresión, era difícil saberlo. En aquel momento, sencillamente parecía decidida. ¿Decidida a qué?, se preguntó Chloe.

-¿Llego demasiado tarde?

Walter Sullivan y el resto del tribunal la miraban, atónitos.

-Supongo que quiere usted hacer una declaración.

-Desde luego que sí. Soy Madame Sophie, propietaria del Café Romeo, en St. Louis. Sirvo el mejor café de la ciudad y, además, encuentro almas gemelas. Encantada de volver a verlo, juez Sullivan. ¿Qué tal con su nueva esposa?

El susodicho carraspeó.

-Bien, estupendo. Encantado de volver a verla, Madame Sophie. Pero no entiendo qué hace usted aquí.

Sophie miró alrededor.

-Van a decidir si le dan la libertad condicional a Eileen D'0nofrio, ¿no?

-Sí, por supuesto. ¿Conoce usted a la señora D'0nofrio?

-No, pero su hijo ha sido empleado mío durante los últimos tres años. Creo que usted lo conoció durante su última visita al Café Romeo... fue el que tiró la jarra de leche caliente.

-Sí, ya me acuerdo. Su nombre era Ramón, ¿verdad?

-Eso es. Ramón D'0nofrio. Seguramente ha visto su nombre en el periódico recientemente.

Chloe se tragó un gemido. ¿Por qué mencionaba el asunto?, se preguntó. ¿Y qué podía hacer para detenerla? Especialmente si era amiga del juez.

-Sí, lo tengo aquí mismo. Por lo visto, estuvo involucrado en el atraco a una joyería.

-Así es. Su hermana, Chloe D'0nofrio también estuvo mezclada en el atraco, pero los periódicos apenas la mencionan.

Chloe cerró los ojos, deseando que se la tragara la tierra.

El juez Sullivan asintió.

-Los D'0nofrio son una familia... muy activa. Hace poco nos reunimos para discutir la condicional de Kit D'0nofrio, una sobrina de Eileen. Nos llamó imbéciles patéticos cuando le denegamos la condicional.

Chloe abandonó toda esperanza. Tendría suerte si no la metían en la cárcel a ella también.

-Naturalmente, no podemos dejar que eso afecte a nuestra decisión sobre Eileen D'0nofrio.

-Naturalmente -repitió Madame Sophie-. Pero estoy segura de que ofrecerle un trabajo en el Café Romeo haría que su decisión fuera mucho más fácil.

-¿Un trabajo? ¿De camarera?

-Por supuesto. Con seguridad social y plan de pensiones.

Chloe la miró, perpleja. Luego miró a Trace y vio el amor brillando en sus ojos azules.

¿Sería posible?

Nada en la vida le había sido fácil. ¿Sería posible que sus sueños fueran a hacerse realidad?

-En fin, parece que el asunto del empleo está resuelto -suspiró el juez Sullivan-. Nos queda el tema del alojamiento. Señorita D'0nofrio, ¿le importaría decir al tribunal si es usted propietaria de una casa?

-Pues verá... es que la he puesto en venta.

-Pero ya no está en venta -dijo Trace.

-¿Qué quieres decir?

-Que he hecho una oferta hace dos horas. Una oferta muy generosa, según la inmobiliaria.

-¿Quieres comprar mi casa? -preguntó Chloe.

-Entre otras cosas -sonrió él-. Como ya no necesito mi apartamento, se lo alquilaré a Eileen por un dólar al mes. Al menos, hasta que pueda pagar el alquiler.

-Eso es increíblemente generoso -murmuró Ricardo López-. Pero, ¿quién es usted y qué parentesco tiene con Eileen D'0nofrio?

-Soy Trace Callahan, su futuro yerno.

Chloe se quedó boquiabierta.

-¿Qué has dicho?

-Ah, lo estoy haciendo otra vez. Es que tengo la costumbre de decirle a Chloe lo que tiene que hacer en lugar de preguntarle. Voy a tener que enmendarme.

Chloe miró a Trace, a Sophie y luego a su madre, que tenía lágrimas en los ojos.

-Chloe D'0nofrio, ¿quieres casarte conmigo? -preguntó Trace, apretando su mano-. Me harías el hombre más feliz de la tierra.

Ella estaba tan sorprendida que no sabía qué decir.

-Pues...

-Sé que soy un poco anticuado...

-Ya te digo.

-Y sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero te quiero, Chloe. Y te aseguro que aprenderé a lavar los platos, a pasar la aspiradora... aunque no funciona para recoger las hojas del porche. Eso es lo que he estado haciendo esta semana, practicar.

-Oh, Trace...

-Ha sido una tortura no verte, cariño. Pero necesitaba probarme a mí mismo que podía cambiar. Que merecía a una mujer como tú.

-¿Y si no quiero que cambies? -preguntó Chloe entonces.

-Entonces dime que sí. Dime que estaremos juntos durante los próximos cincuenta años.

-Sesenta.

-Trato hecho -sonrió Trace-. Gracias, tía Sophie.

-De nada, hijo.

Trace Callahan abrazó a su prometida y la besó con toda la pasión que llevaba guardada, sin acordarse del tribunal que, naturalmente, prorrumpió en aplausos.

Madame Sophie se secaba las lágrimas con un pañuelito.

-Café gratis para todos en el Café Romeo. Invita la casa.

El juez Sullivan se aclaró la garganta.

-Primero tenemos que decidir sobre la libertad condicional de Eileen D'0nofrio. Pero me parece que no vamos a tardar mucho en tomar una decisión -dijo, guiñándole un ojo-. Guárdeme un pedazo de pastel de chocolate.

Chloe se mordió los labios. Había conseguido tanto aquel día... ¿recuperaría también a su madre?

Pronto tuvo la respuesta. Su primera reacción fue echarse en los brazos de Trace. La segunda, invitar a su madre a la boda.

Epílogo

SABES qué hora es? -murmuró Jake, paseando arriba y abajo por la antesala de la iglesia.

Trace se cruzó de brazos.

-Ni idea. ¿Te he dado las gracias por permitir que esta fuese una boda doble?

-No habrá boda si el padrino no aparece. Menos mal que Noah no tiene las alianzas...

-Pensé que estaba en la iglesia.

Jake negó con la cabeza.

-Acabo de hablar con el sacerdote y no lo ha visto. Estoy empezando a preocuparme.

-Seguramente se habrá asustado. Ya sabes que Noah detesta las bodas.

-Pues yo estoy deseando casarme -suspiró Jake, ajustándose la corbata-. Oye, ¿dónde pensáis ir de luna de miel?

-La familia de Chloe tiene una casita en el campo... -empezó a decir Trace, mirando el reloj-. ¿Pero tú sabes qué hora es?

-Claro que lo sé. Se supone que la boda empieza en cinco minutos.

-¿Dónde está el padrino?

Jake levantó los ojos al cielo.

-¿De qué crees que te estaba hablando? Noah es un poco irresponsable, pero me extraña que no haya aparecido.

En ese momento se abrió la puerta y Sophie hizo una de sus apariciones estelares. Llevaba una túnica bordada en hilo de plata y bailarinas doradas.

-¿Dispuestos a vivir felices para siempre?

-No del todo -suspiró Trace-. Falta el padrino.

-Me temo que Noah no podrá llegar a tiempo. Se ha encontrado con su alma gemela y, en fin, está ocupado. Espero que no os moleste que yo sea el padrino.

Trace y Jake soltaron una carcajada.

-Nos parece muy bien, tía Sophie.

En ese momento empezó a sonar la marcha nupcial.

-Es la hora -dijo Trace, tomando a su tía del brazo-. Jake, haz los honores.

Entraron así en la iglesia, con Sophie riendo y haciendo sonar sus pulseras.

-¿Deberíamos preocupamos por Noah? -preguntó Jake en voz baja.

-Desde luego -sonrió Trace-. Pero ya nos preocuparemos después de la luna de miel.